



## LOS ELEMENTOS

Y

### LA FORMACION DE LA IDEA DEL YO.

Con el nombre de *Neuropatía cerebro-cardíaca*, describe el Dr. Krishaber una enfermedad en la cual se ve perfectamente cómo se forma y se deshace la idea del yo. Según M. Krishaber, la causa probable de la enfermedad es una contracción de los vasos que alimentan el centro sensitivo cerebral en que se forman las sensaciones brutas, centro que es la protuberancia anular, ó quizá, según las nuevas investigaciones de M. Luys y los experimentos de M. Fournié, la capa óptica. Probablemente no hay más contracción que esta; los vasos sanguíneos de los hemisferios permanecen en estado normal. El síntoma visible es una perversion de las sensaciones propiamente dichas, y nada más; esta perversion no afecta al juicio, á la razón, al recuerdo, ni á las demás operaciones que exceden de la sensación bruta; todas estas operaciones permanecen intactas. El enfermo no está loco; rectifica las creencias falsas que le sugiere la rareza de sus impresiones; resiste á sus creencias, las declara ilusorias y no se engaña. Así el juego de los hemisferios es normal; no hay trastorno más que en la protuberancia y en otros centros sensitivos.

Pero, como casi siempre la enfermedad se presenta bruscamente, el efecto es inmenso; sólo puede compararse el estado del paciente al de una oruga que, conservando todas sus ideas y todos sus recuerdos de oruga, se convirtiera de repente en mariposa, con el sentido y las sensaciones de una mariposa. Entre el estado antiguo y el estado nuevo, entre el primer yo, el de la oruga, y el segundo yo, el de la mariposa, hay profunda excision, completa ruptura; las sensaciones nuevas no encuentran serie anterior en que puedan encajar; el enfermo no puede interpretarlas ni servirse de ellas, y no las reconoce; son para él desconocidas. De aquí se deducen dos conclusiones extrañas: la primera que consiste en decir *yo no soy*; y la segunda, un poco ulterior, que consiste en decir *yo soy otro*. Trátemos de representarnos este estado extraordinario, y veremos nacer poco á poco y muy lógicamente esas conclusiones más extraordinarias todavía.

Todas las sensaciones ó casi todas las sensaciones están alteradas. Un enfermo de los que cita

M. Krishaber dice que «cuando hablaba, su propia voz le parecía extraña; no la reconocía y no la creía suya.» Cuando se le hablaba, se sentía mareado, como si varias personas le hablasen á la vez. No experimentaba el gusto ni el olor de los alimentos, ni distinguía los objetos al tacto con los ojos cerrados. Además sus sensaciones musculares estaban trastornadas; no sentía la impresión del suelo al andar, lo cual hacía sus pasos inciertos, dándole el temor de caer; sus piernas se movían como por un resorte extraño á su voluntad, y le parecía constantemente que no le pertenecían. Cuando hablaba con alguien, le veía dos cabezas incompletamente encajadas una en otra. Además los objetos habían perdido para él su aspecto natural; todo lo que veía había cambiado de manera de ser. «La extrañeza de lo que yo veía era tal, dice, que me creía transportado á otro planeta.» Estaba constantemente *sorprendido* y le parecía que estaba en este mundo *por primera vez*. No había en su espíritu ninguna relación entre lo que le rodeaba y su pasado. El trastorno era más fuerte que nunca cuando entraba en una casa extraña. «No podía, dice, orientarme al salir, ó al ménos necesitaba hacer un largo y costoso esfuerzo para encontrar la salida.» Frecuentemente le sucedía encontrarse á muy poca distancia de su morada y no poder reconocer el camino que debía seguir sino después de largos esfuerzos de reflexión; dos ó tres veces se sentaba en el camino, desesperanzado de encontrar su casa, poniéndose á llorar como un niño por creerse perdido.

Otro enfermo escribe: «Yo tenía horror á ir á Divonne, país nuevo para mí, y era preciso que uno de mis compañeros me acompañara; sin esto no hubiera partido, y sin embargo, á causa de mi hiperestesia del oído, preveía el estado espantoso en que me pondría el ruido del sitio de París. Poco tiempo después, yendo á Ginebra, me arrojé con terror en los brazos de mi compañero, sintiéndome completamente perdido si me abandonaba un solo instante. Cuando yo me encontraba solo en un sitio nuevo, era *como un niño recién nacido*, como Gaspar Hauser al salir de su bodega, incapaz de reconocer nada, incapaz de sacar de mis sensaciones pervertidas ninguna indicación para conducirme.» Después, volviendo á la historia de su enfermedad, añade: «La primera sensación que yo experimenté fué una gran pesadez en la cabeza el 23 de Noviembre de 1869... En la quincena anterior había tenido

trastornos visuales poco acentuados... Me acuerdo perfectamente haber dicho á un amigo que los objetos me parecían *cambiados de aspecto*: tenía también hiperestesia en la vista, y usaba hacia algún tiempo lentes ligeramente coloreados... El 25 de Noviembre, en seguida de haber experimentado ese ataque á la cabeza, tuve zumbidos de oídos y trastorno intelectual. Como yo tenía un periódico en la mano, pude observar inmediatamente que no comprendía el sentido. Me puse de pié, y estuve titubeando; los objetos daban vueltas alrededor de mí, y sentía grandes resplandores en la vista. Me miré en un espejo, y pude observar que no tenía desviación de la fisonomía. Por otra parte, la idea de una hemorragia cerebral no me preocupaba mucho; más bien me creí envenenado, y tanto lo creí, que escribí algunas palabras en un papel, indicando lo que experimentaba, temiendo no poder dar informes un instante después. Pero me repugnaba llamar á alguien, y ni siquiera advertí á mi criado, persuadido de que no podía hacerme nada; me acosté sobre un sofá, y esperé. Parecíame que algo tendía á aislarme del mundo exterior; al mismo tiempo se formaba como una atmósfera oscura alrededor de mi persona; sin embargo, veía muy bien que era de día y había mucha luz. La palabra *oscura* no da cuenta exacta de mi pensamiento, es preciso decir, *dumpf* (en alemán), que significa también pesada, espesa, borrosa. Esta sensación era no solamente visual, sino cutánea. La atmósfera *dumpf* me envolvía; yo la veía y la sentía; era como una capa, como algo, mal conductor de la atmósfera natural, que me aislaba del mundo exterior. No sé decir qué profunda fué esta sensación; parecíame que me llevaban extremadamente lejos de este mundo, y maquinalmente pronunciaba en alta voz las palabras: *Estoy muy lejos, muy lejos*. Sabía, sin embargo, muy bien que no me había alejado; me acordaba distintamente de todo lo que me había sucedido; pero *entre el momento que había precedido y el que había seguido á mi ataque, había un intervalo inmenso en duración, una distancia como la de la tierra al sol*.

—»A partir del primero ó del segundo día, me fué imposible durante algunas semanas observarme y analizarme; el sufrimiento (angina de pecho) me mataba; hasta los primeros días del mes de Enero no pude darme cuenta de lo que experimentaba. Los síntomas eran continuos, con accesos frecuentemente repetidos y que duraban algunas horas. Hé aquí el primer acceso de que conservo un recuerdo claro: Yo estaba solo cuando, dominado por trastornos visuales permanentes, sentí un trastorno más acentuado en la vista. Los objetos parecían repetirse y alejarse al infinito; hombres y cosas estaban á distancias inconmensurables. Yo mismo estaba muy

lejos; miraba alrededor de mí con terror y sorpresa; *el mundo se me escapaba*. Salí y tomé un coche; debí hacer esfuerzos sobrehumanos para recordar que estaba en mi calle, que era yo el que andaba y el que hablaba al cochero; me sorprendía mucho que el cochero me comprendiera, porque observaba que mi voz estaba muy lejos de mí, y al mismo tiempo no se parecía en nada á mi propia voz. Dí con el pié en el suelo y observé su resistencia, pero esta resistencia me parecía ilusoria. No me parecía que el suelo estuviese blando, sino que el peso de mi cuerpo se había reducido á casi nada. No me sentía precisamente ligero; porque estaba muy cansado y aniquilado, sino que tenía el sentimiento de no tener peso. Lo más notable era el trastorno visual. Mirando en un vaso muy cóncavo se experimenta algo análogo, lo mismo que mirando por el lado ancho de un antejo: esta comparación es exacta, pero necesita una corrección; es decir, que los objetos me parecían menos pequeños, pero mucho más *alejados*.

»Hé aquí otra particularidad bajo el punto de vista de la forma: Los objetos me parecían planos; cuando hablaba con alguna persona, la veía como una estampa recortada; su relieve no era perceptible para mí; esta última sensación ha durado varios meses de un modo continuo, y dos años de una manera intermitente. Los trastornos del oído eran absolutamente constantes; parecía que mis orejas estaban tapadas, y me sorprendía oír, pero oía, en efecto, muy distintamente y á veces demasiado; la hiperestesia auditiva constituía uno de mis mayores tormentos. El tacto no había sufrido mucho, y, aparte de lo que he indicado, el gusto tampoco; había una hiperestesia de olfato que ha persistido, pero que nunca ha sido tan excesiva como la del oído y de la vista. Los lentes más fuertes no me bastaban; los puse dobles, y por último tuve la idea de ponerlos negros... Constantemente me ha parecido que mis piernas no eran mías, y lo mismo me sucedía con los brazos; en cuanto á mi cabeza parecíame que no existía... Creía yo que obraba por un impulso extraño á mí, automáticamente. Algunas veces me preguntaba qué iba á hacer; asistía como espectador desinteresado á mis propios movimientos, á mis palabras, á todos mis actos. Había en mí un sér nuevo, y otra parte de mí mismo, el sér antiguo, que no tomaba ninguna parte en el primero. Recuerdo claramente haberme dicho algunas veces que los sufrimientos de este nuevo sér me eran indiferentes... Nunca, por otra parte, me he dejado engañar realmente por estas ilusiones; pero mi espíritu estaba cansado de corregir incesantemente las impresiones nuevas, y me dejaba llevar á vivir la desgraciada vida de este nuevo sér. Tenía un ardiente deseo de volver á ver mi antiguo mundo, de

convertirme en el antiguo yo; este deseo era el que me impedía matarme... Yo era otro; yo odiaba y despreciaba á ese otro; ese otro que había tomado mi forma y llenaba mis funciones...»

Aquí es preciso distinguir: «En los primeros tiempos y en seguida de mi ataque, dice el excelente observador, número 38, me parecía que yo no era de este mundo, que yo no *existía ya*, que yo no *existía de ningún modo*. Yo no tenía el sentimiento de ser otro, no; me parecía que yo no *existía absolutamente*. Tocaba mi cabeza, mis miembros y los sentía; pero necesitaba un gran esfuerzo para creer en la realidad de lo que tocaba. El coronel inglés (observación número 2) creía que no existía, y me ha dicho que entónces permanecía horas enteras inmóvil, como en éxtasis, sin comprender nada del mundo exterior. Es preciso distinguir esta primera y profunda impresion de todas las demas que van á seguir.» En efecto, en este primer estudio los sentimientos nuevos eran demasiado nuevos; no habían sido repetidos bastante número de veces para hacer en la memoria un grupo distinto, una serie coherente, un segundo yo; tal sería la oruga de que hemos hablado en el primer cuarto de hora de su metamorfosis en mariposa; su nuevo yo no estaría todavía formado, estaría formándolo; y el antiguo, que no experimenta más que sensaciones desconocidas, le lleva á decir: yo no soy.—«Más tarde, y en un segundo período, dice nuestro observador, cuando por un largo uso aprendí á servirme de mis sensaciones nuevas, tenía ménos miedo á estar solo y en un país que no conocía; podía, aunque con alguna dificultad, guiarme; había reformado mi yo, y sentía que existía, aunque otro.» Se necesita tiempo para que la oruga se acostumbre á ser mariposa; y si la oruga conserva, como en el caso presente, todos sus recuerdos de oruga, hay desde luégo un conflicto perpetuo y horriblemente penoso entre los dos grupos de nociones ó impresiones contradictorias, entre el antiguo yo, que es el de la oruga, y el nuevo yo, que es el de la mariposa. En un segundo estudio, en vez de decir *yo no soy*, el enfermo dice: *soy otro*. En este punto casi todos empleaban el mismo lenguaje: «Yo me sentía tan completamente cambiado, que me parecía haberme convertido en otro (observaciones 37 y 38); esta idea se me imponía constantemente, y sin embargo, nunca olvidaba que era ilusoria.»—«Algunas veces me parecía no ser yo mismo (observaciones 1, 2, 3, 21 y 22), ó bien me creía sumido en un sueño continuo.» «Dudaba de mi propia existencia, y por instantes cesaba de creer en ella.» «Frecuentemente me parecía que yo no era de este mundo; mi voz me parecía extraña, y cuando veía á un compañero de hospital creía ver las figuras de un sueño.» Al enfermo le parece que es autómeta, se siente fuera de sí mismo

y le parece que se ha convertido en otra persona.

M. Krishaber y el enfermo curado de la observación 38 van todavía más léjos: piensan que el enfermo no se equivoca al creer que es otro. «No solamente, dice este último, me parecía ser otro, sino que efectivamente era otro; un yo diferente había sustituido al primero.» En efecto, las sensaciones constituyentes del yo eran otras, y por consecuencia, los gustos, los deseos, las facultades, las afeciones morales eran diferentes. Así el yo, la persona moral es un producto, cuyas sensaciones son los primeros factores; y este producto, considerado en diferentes momentos, no es el mismo, y no se aparece como el mismo, sino porque las sensaciones constituyentes permanecen siempre las mismas. Cuando súbitamente se convierten en otras estas sensaciones, el sér se convierte en otro y se aparece como *otro*; es preciso que las sensaciones sean las mismas para creerse á sí mismo el mismo. Aquí la experiencia confirma la teoría. En efecto, según el Dr. Krishaber, «la perturbación particular, en virtud de la cual el enfermo pierde hasta cierto punto el sentimiento de su propia persona, no desaparece sino cuando han desaparecido los trastornos sensoriales, á los cuales está ligada. En mi sentir, esto es definitivo, y encuentro el pequeño relato que se acaba de leer más instructivo que un volumen de metafísica sobre la sustancia del yo.

E. TAINE.  
(Revue Philosophique).

## PORTUGAL DESPUES DE

### II.

Diez y siete años trascurrieron desde el movimiento victorioso de 1851 á la revolución española de 1868, inauguración de una época de profundos cambios en el modo de ser político de Europa y América. En aquel período reinó en Portugal la calma más completa. Los diferentes ministerios que en él se sucedieron se apartaron discretamente de ese afán de tejer y destejer que constituye uno de los rasgos característicos de la política militante de otros países. Todos, como ya he indicado, perseveraron en un mismo propósito. E indudablemente, el vecino reino, despues de un momento de espera, quizá de vacilación, que engañó á algunos de sus devotos haciéndoles formar un juicio poco favorable á su porvenir, entró en la vía del progreso, realizando adelantos de positivo valor.

Sin embargo, los patriotas portugueses durante este lapso de tiempo no dejaron de pasar por gran-

\* Véase el número 124, página 40.

des amarguras. De una parte, el *déficit*, el implacable déficit no se colmaba. Los ingresos habían aumentado. En 1850-51 llegaban á 10.260.000 mil-reis: á 10.793.000 mil-reis en 1852-53. En 1866-67 subieron á 15.880.000 mil-reis. Pero el *déficit*, que había descendido de un modo sorprendente, tornaba á ponerse en 2.000.000 mil-reis en 1860-61 y subía á 5.247.000 en 1866-67. Los gastos parecían inexcusables. Se trataba, también ahora, para la *nación* portuguesa de *ser ó no ser*. Pero Portugal no podía con aquel *crescendo*.

De otro lado, en este período tuvieron efecto las complicaciones diplomáticas con Francia, con motivo del apresamiento del *Charles et Georges* y la expulsión de las lazaristas y paulistas en 1858. El *Charles et Georges* era un barco nantés, dedicado al transporte de negros de la costa oriental de África á las Antillas, el cual fué detenido y embargado en las costas de Mozambique por las autoridades lusitanas, en el supuesto, probablemente no falso, de estar ocupado en la *trata* de esclavos. El gabinete de París protestó contra la legitimidad de esta aprehensión; sostuvo su validez el de Lisboa, y las cosas se agriaron al punto de resolver el gobierno francés que dos barcos de guerra apareciesen en la desembocadura del Tajo para apoderarse violentamente del buque base de la diferencia. Ante tales amenazas Portugal cedió, restituyendo el buque, é indemnizando á sus armadores, pero protestando de que era víctima de la fuerza.

Una humillación análoga tuvo lugar con motivo de las Hermanas de la Caridad que procedentes de Francia vinieron á Portugal, excitando, con motivo ó sin él, primero las desconfianzas y luego la oposición decidida del partido liberal, y en último extremo de todo el país, que exigió la expulsión de las Hermanas, acusadas de servir los intereses del jesuitismo y la reacción. Intervino con no escasa arrogancia el gobierno francés, so pretexto de amparar á sus nacionales—como si estos no debieran someterse á las leyes del país en que habían entrado,—y el gabinete de Lisboa tuvo que ceder, negando la expulsión de las paulistas y lazaristas, aunque privándolas de la facultad de enseñar.

Estos atropellos, cuya única razón estaba en la debilidad de Portugal, debían afectar terriblemente al patriotismo lusitano, cuya susceptibilidad es proverbial.

Pero con el año 68 principia una nueva era para el vecino reino: era caracterizada por una cierta inquietud, una nueva serie de reformas y un avance extraordinario en el camino de la civilización, pero cuyos resultados todavía no se pueden apreciar en todo su vigor y alcance.

Parece de moda en ciertos círculos, á la hora presente, no ya poner en tela de juicio la excelencia

del gran movimiento político español de 1868-69, si que negarle verdadera importancia y positiva trascendencia. Tanto equivaldría negar el sol á medio día.

Prescindiendo de lo que podríamos llamar pequeñeces de nuestra política interior, es necesario advertir que la revolución de 1868 inaugura en el mundo contemporáneo un período de grandes reformas, de que son elocuentísimas muestras la transformación en sentido democrático de casi todas las Constituciones de las Repúblicas Sud-americanas, la instalación de la República en Francia, y las medidas adoptadas por el Parlamento inglés, bajo la influencia del gabinete Gladstone, sobre la Iglesia y la propiedad en Irlanda, la extensión del derecho electoral, la organización judicial y el gobierno de las colonias de la América del Norte. Pues bien: este movimiento reformista trascendió al reino lusitano, con tanta mayor fuerza, cuanto que en la vecindad, en el corazón de España, se manifestó en los años siguientes hasta 1873, en la plenitud de su energía. De aquí los vagos deseos, los temores, la incertidumbre, y, sobre todo, la inquietud que se apodera de Portugal á partir de 1868.

Hasta entonces el reino hermano había disfrutado un bien inapreciable. Diez y siete años de legalidad y calma, bajo leyes profundamente liberales, habían dado al país cierta templanza, cierta cultura y ciertos hábitos que difícilmente comprenderán aquellos pueblos que, como el nuestro, desde 1814 viven en medio de incesantes y sangrientas agitaciones. La revolución, aún la más inexcusable y legítima, tiene la inmensa desventaja de perturbar los espíritus, poniendo en privanza las pasiones más violentas, y con los hombres más respetables y las ideas más generosas, las individualidades más díscolas y repugnantes, que nunca se sacian, ó con su ejemplo excitan todos los apetitos y todas las locuras. ¡Qué no sucederá con los motines y los levantamientos de otro género de que está empedrada la historia contemporánea de España!

Portugal pudo sustraerse á este gravísimo mal, y sus costumbres dulces y pacíficas, el respeto escrupuloso de las leyes—así las políticas como las civiles, y lo mismo por parte de los ciudadanos que del Gobierno—la afición al trabajo y los incesantes progresos morales y materiales, fueron una de las primeras consecuencias de aquella discreción ó aquella suerte; á lo que contribuyó—es preciso declararlo á fuer de justos—el directo y constante trato con Inglaterra, cuya influencia, siempre positiva, ha tomado en estos últimos tiempos caminos y formas por todos conceptos distintos de los que la hicieron en otro tiempo no remoto inconciliable con el decoro del pueblo lusitano.

Pues bien, á pesar de todas estas ventajas—que

lo son respecto de España, cuya superioridad está en otra parte—todas estas bondades no obstaron á que de nuevo la intranquilidad se apoderase de Portugal, determinando rápidos y apénas comprensibles cambios de ministerios, la llamada revolucion de Enero de 1868 (de carácter democrático), la oscura revuelta militar de 1870, y una serie de gravísimas reformas que, á pesar de su excelencia y de su importancia, no han sido parte á calmar la inquietud, que sale más ó ménos á la superficie segun la oportunidad, y que hoy mismo, á pesar de la duracion del actual ministerio lusitano, revela el gobierno de Lisboa ante la aparicion del partido republicano portugués y los supuestos manejos de los iberistas españoles.

La importancia de las reformas que en estos posteriores años—de 1867 al 75—se han hecho en Portugal puede juzgarse por su mera enunciacion: el Código civil—que hoy por hoy es quizá el primero del mundo—de un carácter acentuadamente liberal; la reforma del penal en el sentido de la abolicion de las penas perpétuas y de la de muerte; la ley de bancos industriales y agrícolas; el establecimiento del régimen penitenciario mediante la construccion de una penitenciaría del sistema celular en Lisboa; la creacion del ministerio de Instruccion pública (suprimido há poco) y la reorganizacion de ésta; la ampliacion de la ley de desamortizacion en análogo sentido al de la española; la reforma de los servicios públicos bajo ideas de rigurosa economía; la sucesiva abreviacion de los plazos y la generalizacion de las leyes de abolicion de la esclavitud en sentido radical, al punto de que hoy pueda decirse que no existe la servidumbre en Portugal y que coopera á su extincion en el mundo por el decreto recientísimo que prohíbe el embarque de chinos en Macao, y por ende la *trata* de asiáticos; la sustitucion del Consejo ultramarino de 1851 y 54 por la Junta consultiva de Ultramar de 1868; la extension á las colonias del Código civil lusitano, y la reforma de la administracion colonial en sentido excentralizador; la modificacion de los aranceles de aduanas en 1870 y 74; la reforma tributaria por la creacion de la contribucion predial extraordinaria (1869), la *suntuaria* (1872), la del sello (1867-73), y el impuesto sobre la renta de casas, amén de los de consumos de Lisboa, tránsito, el tabaco y otros de menor cuantía; la consolidacion de la deuda flotante, creada de 1852 á 1873 mediante el empréstito nacional de 38.000 millones de reis, hecho en Junio de 1873; el establecimiento de las escuelas normales primarias en 1869; la creacion del Monte-pío oficial y de los distritos agronómicos, etc., etc.

Todas estas medidas fueron acordadas en medio de la mayor intranquilidad del país, y por ministe-

rios tan pronto constituidos como disueltos, y cuyo prestigio y áun popularidad suben y bajan con una rapidez verdaderamente maravillosa. La vaguedad de los límites de los partidos, difícilmente organizados despues de 1860, reviste proporciones tan graves, que, hoy por hoy, sólo puede decirse que en Portugal vive el partido del gobierno (esto es, el partido que sostiene por diversos motivos la administracion Fontes-Sampaio-Serpa, que existe desde el otoño de 1871, y que, atenta á la tradicion de los *regeneradores*, pone su atencion en los intereses económicos, y, en busca de cierta popularidad, se muestra celoso enemigo del iberismo) y la oposicion, cuyos infinitos matices resisten una exacta clasificacion y no permiten su cumplida inteligencia; oposicion al parecer unánime en un punto, la necesidad de la reforma de la Carta, y cuyos ímpetus y oscilaciones é intestinas diferencias van siendo dominadas por el excepcional desarrollo que en estos dos últimos años ha logrado en Portugal el partido democrático ó republicano, cuya oficial organizacion data de este mismo año de 1876, y que cuenta hoy con un Centro en Lisboa (titulado *republicano democrático portugués* y presidido por los Sres. Oliveira, Latino Coelho, Coutinho y Fonseca), y con catorce periódicos en todo el reino.

Imposible sería negar la gravedad de estos hechos. La situacion Fontes es quizá el último atrincheramiento de los elementos conservadores, y en este supuesto es dable explicar la mayor parte de los actos del actual ministerio lusitano, acusado de un gran escepticismo y una profunda inmoralidad política, así como el abigarramiento de los grupos que le sostienen con voluntad unánime y entera. Para satisfacer un tanto la enérgica aspiracion del país por una reforma política, cuyos términos precisos no entendía y ménos precisaba, pero que en todo caso respondía, de un lado á una cierta ánsia por otra cosa que la preocupacion de los intereses materiales y el imperio del mercantilismo, y por otra parte á la influencia de oculta más poderosa corriente, que venia del corazon de Europa y no permitía al pueblo lusitano la adopcion de una postura cómoda; para atender á todo esto, que palpaba en los movimientos más ó ménos revolucionarios de 1868 y 70, el Gabinete Fontes-Sampaio se presentó con un proyecto de reforma de la Carta, en que se consagraba el sufragio universal; otro de reforma del Código administrativo, en pleno sentido excentralizador; otro de reforma de la instruccion pública, con el propósito de hacer la enseñanza gratuita y obligatoria; otro de reforma del procedimiento civil, y con estos uno de Código militar, en el cual se establecía la pena de muerte, demostrándose por esta y otras particularidades la preferente atencion, y, si se quiere, el temor que á los gober-

nantes inspiraba el estado del ejército, de cuya disciplina y cuyos peligros se hacían lengua los elementos conservadores.

Mas una vez hecha la aparición en la escena y dejados sobre la mesa todos estos proyectos, para que sus autores quedaran con las manos libres y en aptitud de obrar, sólo el Código militar pudo salir de las Cámaras, en el seno de cuyas complacientes comisiones yacen olvidados todos aquellos planes de reforma.

En cambio, el ministerio Fontes con toda resolución se dedicó á dos cosas. La primera, á forzar la máquina electoral y á utilizar todos los medios de corrupción política para constituir en el Parlamento una mayoría poderosísima, y fuera de él un cuerpo de devotos sujeto por el vínculo del más grosero interes. La segunda, á dar un nuevo y desatentado impulso á los gastos públicos, prodigando á manos llenas el dinero y solicitando sin descanso ni escrúpulo la atención de las gentes hácia las obras públicas y los intereses materiales, ya exaltados como se ha visto por la primera administración de los *regeneradores*, que al propio tiempo, sin embargo (en 1852), hicieron la reforma de la Carta é iniciaron una obra de renovación moral en el vecino país.

No há mucho un ex-ministro de Hacienda, el señor Braamcamps, de significación setembrista, ponía de manifiesto en plenas Cortes la prodigalidad del ministerio Fontes, haciendo notar que desde el 13 de Setiembre de 1871 hasta 1876 había recibido sobre 26.361.000 mil-reis, producto de varias operaciones de crédito con las casas Erlanger, Stern y otras, amén de las sumas correspondientes á los ingresos ordinarios, que por término medio pueden fijarse en 20 millones mil-reis por año, y aparte una deuda flotante que para cubrir los déficits de este período se había creado, y que no bajaba de 5.284.000 mil-reis en Diciembre de 1875. De modo que sólo del crédito ha obtenido el Ministerio 31.645.000 mil-reis, y de ordinario 80.000.000. De la primera suma ha debido pagar 6.574.000 mil-reis por los ferro-carriles de Minho y Duero y la construcción de barcos de guerra. Restan, pues, 25.070.000 mil-reis efectivos, de los cuales hay que deducir 12.921.000, á que subía la deuda flotante en 1871. De modo que el ministerio Fontes ha aplicado á los gastos ordinarios del Estado en estos cuatro años, además del producto regular de impuestos siempre crecientes, la cantidad de 12.150.000 mil-reis. Con esto Portugal se ha hallado un aumento de la deuda de 60 millones nominales, y de 1.370.000 mil-reis de intereses al año, con más la diferencia que va desde los 18.464.000 mil-reis en que fueron presupuestados los ingresos en 1871 á 23.617.000 que se consignan en el presupuesto actual. Con tales datos bien puede decirse

que la administración de 1871-76 no ha pecado de avara, y si se tiene en cuenta lo que en realidad ha hecho en el orden de los servicios públicos y las obras materiales, cierto que no parece destituida de fundamento la acusación de prodigalidad. En Francia, decía el mismo Sr. Braamcamps, sale la deuda pública á 550 francos, ó sean 99.000 reis por habitante; en Portugal sale ya á 88.000; y en verdad que va diferencia en el orden de los progresos materiales de Portugal á Francia. En otra legislatura el mismo diputado, jefe de uno de los grupos de la Cámara popular, pretendía del ministerio Fontes que en el presupuesto se consignara la cifra máxima de la deuda flotante, como medio de entorpecer el pavoroso crecimiento de ésta: ahora proponía que en el presupuesto se estableciera que ningún pago pudiera efectuarse sino en virtud de autorización concedida en aquel, ó mediante crédito extraordinario abierto con audiencia previa del Consejo de Estado, quedando los ministros responsables con sus bienes propios de la infracción de este precepto; y ni una ni otra proposición fueron aceptadas, lo cual demuestra el espíritu, la intención y los compromisos del desenfadado ministerio de los cinco años.

Naturalmente este predominio á toda costa de los intereses materiales y esta política monstruosamente utilitaria, han puesto del lado del gobierno actual á casi todos los hombres de negocio, á las compañías mercantiles, á los banqueros y los empresarios, que en este período ven la ocasión propicia para los grandes capitales, sin importarles mucho el resultado final del empeño tan soberbiamente acometido, y que el país habrá de pagar en su día con crisis económicas, con bancarotas y desastres que no alcanzarán probablemente á sus provocadores. Y tras este apoyo de la gente de dinero, del dinero que corre y sube y baja y suena y amenaza y acompaña, viene la devoción de los hombres tímidos, de los que todo lo cifran en el pago del cupon, de los que creen que la tranquilidad de los pueblos es la siesta de sobremesa. Seguro, pues, el actual ministerio de este apoyo y armado del Código militar, ha arrostrado dificultades que cada día toman aterradoras proporciones.

Por otra parte, el mismo desenfado con que el ministerio ha trabajado para hacerse una mayoría en las Cámaras, y la frescura con que despues de conseguido el primer efecto, el efecto teatral, en la opinión pública, ha prescindido de toda reforma moral y política, ha motivado la exasperación de las oposiciones, determinando primero la solemne acusación del ministerio por la minoría de las Cortes, y despues la retirada de las oposiciones del Parlamento, sucesos acaecidos en estos últimos meses. De esta suerte los excesos del gabinete Fontes-

Sampaio han llevado la oposicion desde las Córtes á la plaza pública, y desde entónces no cesan en Lisboa los *meetings* y las protestas enérgicas contra el gobierno y en favor de la reforma constitucional.

En este momento ha aparecido en la aréna el partido democrático-republicano, cuyo fin es—segun el manifiesto de Junio último—«el desenvolvimiento gradual y pacífico de las ideas democráticas en las instituciones del país, y en la evolucion natural del porvenir el establecimiento de la república en Portugal.» Su empeño de mostrar el desbarate del Tesoro público, el abrumador crecimiento de la Deuda y la insuficiencia de los recursos ordinarios de la nacion para gastos siempre en aumento y poco ó nada justificados, como consecuencia de la imperfeccion de las instituciones políticas y sociales del Reino, ha hecho honda sensacion en el ánimo público, ya impresionado por la actitud de los partidos ó grupos parlamentarios. Además, el retraimiento concluye por deshacer estos bandos y empujarlos á las soluciones más extremas, que son las que están en consonancia con el radicalismo de la actitud que toman los que se abstienen. Y para que nada faltase en estos últimos años han desaparecido del mundo de los vivos el duque de Loulé y el marqués de Sá da Bandeira, jefes, aquél de los antiguos setembristas convertidos laboriosamente en históricos despues de 1852, y éste de los reformistas victoriosos en 1868, y de un carácter acentuadamente radical. Con la ausencia de estos hombres, los principales bandos, nacidos ú organizados en estos últimos años, han perdido la cohesion, y no es extraño que sean numerosos los deprendimientos, que al fin van á parar en el naciente partido democrático, que, como he dicho, es el que presenta un programa de todo en todo opuesto á la práctica del actual gabinete lusitano.

Mas por cima y por fuera de todo esto (sin obstar á sus íntimas relaciones), hay dos ideas que pesan con terrible pesadumbre sobre el ánimo del pueblo lusitano.

Primera, la del *déficit* de los presupuestos; segunda, la del *iberismo*. Estos son los temas obligados de todos los periódicos y todos los hombres políticos portugueses.

La necesidad de extinguir el déficit ha provocado considerables economías en los gastos, aumentos considerables en los tributos y hasta la contratacion de un emprésito de suma importancia, que ha dado, en cambio, la seguridad de los progresos verificados en todos conceptos por el pueblo hermano de veinte años á esta parte. La casa real no ha titubeado en dar el ejemplo de los sacrificios renunciando una parte de la lista civil. A los sueldos y pensiones pagados por el Estado se ha hecho una rebaja que ex-

cede de 600.000 mil-reis. En un momento dado se llegó á suspender la amortizacion de la deuda... Por otra parte, los impuestos crecían; y en los varios motines que han tenido efecto de 1868 á esta parte en Lisboa, Oporto y otras poblaciones ménos importantes, aparece constantemente la protesta contra la odiosa contribucion de consumos, establecida, abolida, restaurada y modificada con este ó aquel nombre varias veces en el período aludido. Pero todo inútil. El *déficit* seguía.

La deuda flotante llegó en 1873 á 16.448.558 contos 950 reis. Los ingresos del país apenas excedían de 20.900.000 mil-reis, advirtiéndose que estos habían aumentado muy cerca de doble desde 1852. Los gastos llegaban á 23.800.000 mil-reis (números redondos): el *déficit* pasaba de 2.885.000. En 1852-53 los gastos habían subido 13.500.000 mil-reis, y el *déficit* era de 2.700.000, si bien desde aquella fecha comenzó la baja hasta 1860. La deuda pública, que en 1852 figuraba por 85.740.000 mil-reis con un interés (luego de la reduccion) de 2.574.000 reis, subió hasta llegar en 1862 á 149.854.000, con 4.486.000 de intereses; y en 1870 á 195.913.000 mil-reis con 8.793.000 de réditos.

¿Dónde estaba la causa de este mal terrible, constante, creciente?—En la necesidad—decían los gobiernos—de hacer grandes gastos en obras públicas, y ¡dato singular! en la precision de ocurrir al armamento y defensa del país, cuya independencia debía ser el primer interés de todo buen patriota, y cuya consideracion sellaba los labios de todas las oposiciones, apenas formuladas las primeras críticas de los presupuestos ministeriales.

Pero las oposiciones, como se ha visto, cuando se trataba del actual Ministerio, lo explicaban todo por el desbarajuste y la inmoralidad política del gabinete Fontes. Sin duda hay mucho de verdad en la censura; pero ¿cómo se prescinde de que el *déficit* es un achaque constante de todas las situaciones y de todos los ministerios portugueses? La causa, la causa primera, la verdadera causa no está, pues, aquí.

En cuanto al iberismo, puede decirse que éste ha llegado á ser, no ya la preocupacion de la muchedumbre, no ya la *manía*—una verdadera manía—de casi todos los escritores portugueses, si que el recurso utilizado por ciertos políticos, con escasos escrúpulos y bien dudosa moralidad, para desacreditar á sus adversarios y cerrarles el camino del poder. Sucede con el iberismo en Portugal lo que en España con la reforma colonial. En una y otra parte se explota á maravilla el ciego sentimiento del amor á la patria, excítase la preocupacion del terruño, denúncianse como sospechosos los propósitos más inocentes ó las ideas más generosas y sinceras, y efectivamente, el éxito corres-

ponde á tan *nobles* esfuerzos. Los previsores, los liberales, los lógicos, son tenidos por enemigos de la patria, y los caminos del poder les son cerrados.

Pero ¡ah! que los gritos y las protestas y los torpes manejos y las infames calumnias no habrán de impedir que en las colonias españolas triunfe la libertad, y que Portugal y España constituyan la unidad ibérica. Lo único que podrá suceder es que aquellos que han acometido la gloriosa empresa de sostener estas ideas y de preparar estas soluciones, como Moisés, no vean la realización de sus esperanzas ni el triunfo de sus esfuerzos. Pero ¡qué importa!

Mientras llega el día de la reconstitución de la gran familia ibérica, Portugal continuará agitado, presa de terribles obsesiones, sin darse exacta cuenta de las causas de su malestar, ni aun poder precisar su extraña dolencia. El *déficit* se calmará, como ha sucedido varias veces, para renacer á poco, más terrible, más imponente, más abrumador que nunca. El iberismo continuará siendo la bestia apocalíptica del reino vecino; continuarán las declamaciones y las protestas del patriotismo excitado; todo el mundo hará gala de su resolución de sacrificarlo todo al mantenimiento de la histórica independencia portuguesa; pero todo cuanto suceda á las márgenes del Duero y el Miño, todo lo que allí revista alguna importancia y entrañe cierta trascendencia, todo cuanto allí surja con el sello del espíritu moderno y absorba por cualquier concepto la opinión pública... todo será explicado ó sospechado como un interés, ó una tendencia, ó un compromiso ibérico. La insurrección militar de 1870, acaudillada por el mariscal Saldanha, y que victoriosa se resolvió de un modo confuso é insólito, harto distinto de la manera con que terminó la revolución de 1851, fué calificada por aquel entonces, y todavía hay en estos momentos quien persiste en la calificación, de iberista. De iberistas están tachados los hombres más caracterizados de los partidos radicales; y el nuevo partido democrático, que tan imponente manifestación ha hecho pocos meses atrás en pró de la reforma de la Carta, y en cuyo seno tantas ilustraciones y respetabilidades portuguesas se cuentan, es acusado enérgicamente de iberista. La cosa está en la atmósfera; se ve en todas partes; donde quiera se agita. Es una idea del tiempo; una idea que subsistirá mientras subsistan la *unidad alemana* y la *Italia una*, cuya presencia en la historia, cuyos progresos y cuyos esplendores hacen la más tremenda y resonante propaganda en favor de aquel fecundo pensamiento.

RAFAEL M. DE LABRA.

(Concluirá.)

## HIGIENE SOCIAL.

EL PRIMER PROBLEMA.—CONSTRUCCION DE CASAS PARA OBREROS.

V. \*

Los justos clamores levantados por los médicos en nombre de la higiene contra las insalubres casas de los obreros, tuvieron eco en varios puntos del extranjero, cuyas autoridades previsoras, inspirándose en el principio evidente de que *bienestar obrero* quiere decir *bienestar nacional*, han hecho práctica la reforma de que venimos hablando. Desatender aquellos apoyados por el espíritu público, que tocaba directamente los terribles resultados consecutivos á la omisión de los preceptos higiénicos, era esperar que las clases obreras fuesen presa de un malestar aflictivo, en oposición con los progresos civilizadores realizados durante la segunda mitad del siglo XIX. El interés común exigía, los sentimientos caritativos y humanitarios reclamaban poner remedio á un deplorable estado que, trascendiendo á todos, sostenía graves enfermedades físicas, morales y sociales.

Ya hemos dicho en otro lugar, que la regeneración de las masas populares debe comenzarse por robustecer sus fuerzas, satisfaciendo sus primeras y absolutas necesidades. Ahora consignaremos aquí, que este bienestar material no debe traducirse por dar al bracero una posición regalada exenta de fatigas y privaciones, sino en proporcionarle lo que únicamente pide la máquina orgánica para el libre ejercicio de sus funciones fisiológicas, y todo hombre necesita, á saber: aire puro, espacio, luz, alimentos reparadores, y en una palabra, *norma estática*.

Denunciar por medio de la prensa el defecto, la impureza y casi la ausencia de tan preciosos é indispensables elementos para la vida, y proponer remedios fáciles como radicales para desenvolverlos; tal es la noble empresa acometida desde 30 años há por algunos de mis ilustrados colegas extranjeros.

Agitada así la cuestión de las casas para obreros en el mundo civilizado, han visto la luz pública varios escritos, entre los cuales merecen citarse los siguientes: Informe sobre las ciudades obreras, por Villerme (*Anales de higiene*, tomo XII, pág. 241).—De las clases peligrosas para la población en los grandes centros, por Fregier, Paris, 1840.—De las habitaciones para las clases obreras, por Roberts, Londres, 1849.—Informe sobre el cólera de Lila, por Lestiboudois, Lila, 1832.—Opúsculo sobre el saneamiento de las clases pobres de Lila, por Kobb Bernard, Lila, 1843.—La cuestión de las habitacio-

\* Véase el número anterior, pág. 73.

nes y de las viviendas insalubres, por Grün, Londres, 1844.—Report of the general board, of health on the present state of certain parts of the metropolis and on the model lodging houses of London, por Grainger, Londres, 1854.—Habitaciones del pobre y del obrero, consideradas bajo el punto de vista higiénico, por Joire, Paris, 1854.—Proyecto de asociación financiera para el mejoramiento de las habitaciones y salubridad de los barrios obreros, por Ducpetiaux, Bruselas.—El obrero, por Julio Simon, Paris 1854.—De las habitaciones obreras en Nivelles y medios para mejorarlas, por Lebon, Paris, 1852.—Observaciones acerca del estado de las clases obreras, por Fia, Paris, 1857.—Ciudades obreras del Alto Rhin, por Perrot, Paris, 1859.—Boletín de la sociedad industrial de Mulhouse (Setiembre de 1855).

Oigamos cómo se explicaban varios publicistas antes de la reforma.

En 1845 escribía Blanqui: «La mayor parte de nuestra población manufacturera habita cuartos situados á dos ó tres metros debajo del suelo, sin comunicacion con las casas de que forman parte. Aterra, literalmente aterra, ver esas sombras humanas cuyas cabezas apenas llegan á la altura de nuestros piés, cómo desaparecen entre el aire confinado. Aquí, al ménos, se respira un poco de aire; pero llegando al fondo de los sótanos ó de las buhardillas se toca el verdadero suplicio que sufren esos desgraciados... El padre de familia está generalmente breves horas dentro de tan tristes moradas, pues al amanecer sale de ellas para el trabajo y no regresa hasta la noche. Sólo la madre, alentada por su natural ternura, se mantiene firme allí con el objeto de asegurar la vida de su prole.»

Blanqui declara: «La población obrera vive en asquerosos garitos ó zaquizamis, cuyas perniciosas condiciones afectan fatalmente al estado material, moral y social de los pueblos.» En las mismas ideas abunda Villeneuve-Bargemont, que estuvo largos años administrando el departamento francés del Norte.

El 8 de Julio de 1846, la comisión del Consejo de salubridad del departamento del Sena decía en su informe: «El defecto de aire y de luz, la falta de policía sanitaria y la miseria; tales son los caracteres culminantes de esas insanas habitaciones que amenazan concluir con la vida de sus pobres inquilinos.» Idénticas declaraciones explícitas, terminantes y claras aparecen consignadas en el extenso informe que presentó M. Riancey al Cuerpo legislativo de Francia el 7 de Diciembre de 1849. Leemos en una obra de Villermé, publicada el año 1841: «He visitado Mulhouse y Dormach, por encargo de la Academia de Ciencias políticas y morales. Dolorosa impresión he recibido al penetrar en las miserables

viviendas de los obreros, donde viven hacinadas tres ó cuatro familias, y duermen promiscuidos hombres y mujeres sobre el duro suelo... Estas casas tienen un alquiler subido, y la vida en familia no existe.»

«Los obreros ingleses, lamentábase Roberts, disponen de una sola habitación pequeña, lóbrega, húmeda y situada en hediondos callejones sin salida. Éntrase en estas pocilgas por sitios tan angostos, que un hombre de mediana estatura vése precisado á encorvar su cuerpo para penetrar en ellas, y una vez dentro permanece de pié; los patios son depósitos de inmundicias y focos perennes de insalubridad; las escaleras sin luz y de figura espiral exponen á frecuentes caídas; los suelos deteriorados están cubiertos con una gruesa capa de suciedad, y los propietarios de esos cementerios en vida se niegan á repararlos ni poco ni mucho.»

Fregier preguntaba: «¿No es vergonzoso que las clases laboriosas vivan hacinadas en casas insalubres y mortíferas? Acostumbradas á trabajar al aire libre, ó en las fábricas y en los talleres, que son palacios comparados con sus repulsivas viviendas, ¿las malas condiciones higiénicas de estas no deben perjudicarles mucho más que á las otras clases? ¿Es extraño que la fiebre tifoidea y otras enfermedades discrásicas se ceban en ellas é invadan algunas veces pueblos enteros, tomando un carácter evidentemente epidémico y contagioso?»

El senador francés M. Forgueur, ocupándose recientemente de esta interesantísima cuestión en Liege, hace constar que «el subido alquiler y la insuficiencia de las habitaciones para obreros, pesa fatalmente sobre las clases laboriosas.»

Tendríamos materia para escribir un volumen si nos propusiésemos continuar estas descripciones nada halagüeñas, refiriendo las sombrías pinturas hechas por Lestiboudois, Kobb-Bernard, Ebrington, Grainger, etc., etc., pero creemos bastan las citas anteriores para hacer resaltar la necesidad de una reforma suprema, que está en la conciencia de todos.

En el extranjero varios hombres de Estado, muchos médicos, administradores, industriales y publicistas han prestado su más decidido apoyo á la construcción de casas para obreros, cuyo interesantísimo problema está ya resuelto bajo el punto de vista financiero y práctico; en cambio, España no dió aún el primer paso por la vía de tan salvador progreso. ¡Terrible contraste! ¿Qué nos detiene?

La higiene, ó mejor dicho, la *medicina preventiva*, cuyo objeto es resolver las vitales cuestiones sobre la salud pública y el vigor físico de las naciones, no ha llegado todavía en la nuestra á la altura de otros países, ni es apreciada en su justo valor, ni mucho ménos ocupa en las esferas gubernativas el

lugar que le corresponde de hecho y de derecho. Por esto hay entre nuestros conciudadanos una frialdad general ó una falta de iniciativa al proponerse útiles proyectos sanitarios, que, pasados por el crisol de una discusión amplia y razonada, pondrían de relieve su gran entidad é importancia para realizarlos sin vacilar.

No se reconoce, ó no quiere reconocerse aquí, que la higiene, fundándose en el conocimiento de las causas morbosas é iluminando con sus luces las regiones filosóficas y económicas, está llamada á constituir la base de la ciencia social; porque la salud pública, suprema ley, no sólo representa el primer tesoro de un pueblo, sino también la guía más segura para los gobernantes y gobernados. ¡Oh! Cuando las sociedades modernas se vean regeneradas sólidamente por medio de la ciencia y la moralidad, entonces los economistas, dominados por las corrientes civilizadoras, dejarán de buscar exclusivamente el desarrollo de la riqueza nacional, tomando por punto de partida para sus doctrinas la situación sanitaria de los pueblos; entonces también el espíritu filantrópico teórico, convirtiéndose en práctico y revistiendo sus verdaderos caracteres, señalará la casa como el elemento más esencial para mejorar la situación de las clases necesitadas.

¡Cosa singular! Las primeras mejoras introducidas en las condiciones de la vida humana recayeron en beneficio de los delincuentes. La filantropía, no reparando en gastos, con el objeto de sanificar las cárceles y los presidios, se interesó por la suerte del hombre que la sociedad rechaza de su seno, olvidándose de los obreros honrados, esto es, dejándolos vivir en inmundas cloacas (*common lodgin* y *houses* de los ingleses; *hôtels á la nuit* de los franceses), afrentoso baldón para los modernos pueblos. Allí abunda el aire puro y la luz; aquí la corrupción del aire por su insuficiencia y la lobre-guez... mortíferos laberintos, cuyos suelos están formados, ya de detritus, ya de sustancias animales ó vegetales en putrefacción, de donde se desprenden incesantemente miasmas pútridos.

Considerando la cosa bajo el punto de vista higiénico, ejerce sobre la salud una influencia incontrastable. Muchas son las viviendas insalubres en España, pero las de nuestros necesitados lo son todas, reuniendo las tres calamidades que el jesuita francés señala en un conocido hexámetro: «*Sunt tria damna domus; imber, mala tegmina, furmus.*» Efectivamente, aquí se entra en las casas de los pobres por sitios repugnantes, y una vez dentro de ellas, se necesita haber perdido el olfato para estar algunas horas á causa del olor *sui generis* que exhalan. Cada familia, numerosa ó reducida, tiene por habitación un cuarto estrecho, muy alto ó muy bajo, glacial en invierno, candente en verano, y sin más

mirador que una negruzca pared contigua á hediondos callejones que no tienen salida; los suelos amenazan desplomarse, ó están deteriorados y cubiertos por una capa petrificada de légamo. Verdaderas *sepulturas de la vida*, atacan á la propiedad y al respeto mútuo, pronunciándose durante la noche ese olor nauseabundo (el carbono) resultado del hacinamiento de varios objetos, y en particular de las camas, compuestas de una poca paja húmeda esparramada sobre el duro pavimento.

Viviendo, pues, la población necesitada española en insanas casas, faltas de lo absolutamente indispensable para la vida, pasemos á un orden de consideraciones trascendentales, demostrando que la insuficiencia ó la rarefacción del aire, efecto del hacinamiento de los obreros en habitaciones estrechas, son causas poderosas de insalubridad.

La higiene, moviéndose dentro del orden material (una parte de su dilatadísima esfera de acción), pide para el necesitado aire que respirar, mejorando al efecto su albergue. Nada más justo y humanitario.

La salubridad ó pureza del aire, pan del pulmón, es un alimento por excelencia y la necesidad más imperiosa. Según sus condiciones, aprovecha ó daña, cuyo activo interesantísimo papel se esconde á los ojos de aquellos que desconocen la acción de este flúido sobre la economía viviente.

No entra en nuestro plan pasar en revista los trabajos fisiológicos y químicos llevados á cabo por Dumas, Leblanc, Peclet, Ponmet, Guerard, Lassaique, etc., acerca de la influencia del aire según sus cualidades, sino hacer ligeras aplicaciones de los principios higiénicos arriba sentados en cuanto se relacionan con las viviendas de los obreros y el estado sanitario general del país.

«Cuando la ciencia pide de 12 á 14 metros cúbicos de aire por cada individuo (decía M. Vogue en la tribuna de la Asamblea nacional de Francia el 14 de Julio de 1848), hay casas en las cuales el inquilino ocupa una habitación donde apenas encuentra cuatro metros cúbicos de aire respirable. No debiera permitirse bajo ningún concepto el alquiler de esas mortíferas habitaciones. Es una *industria* culpable el especular con el primero de los bienes que dió Dios al hombre, con el aire que respira, con el aire, señores, sin cuyo precioso elemento no se puede vivir.»

Efectivamente, la esfera respiratoria que debe tener el hombre, y sobre todo el obrero cuyas causas miasmáticas son numerosas, efecto de la miseria, de la falta de limpieza, de la aglomeración, del régimen y de los vestidos, es de 10 á 12 metros cúbicos de aire. Méenos de este límite, el aire aumenta su proporción de gas ácido carbónico y los flúidos orgánicos, con grave daño de la salud.

Empero, en Londres tiene cada habitacion 100 metros cuadrados de aire, en Paris 34 y en Madrid 26, siendo más caluroso el clima, más secos los alrededores, y por consiguiente ménos oxigenado el aire. Si pasamos á la intensidad de la gente en las casas, es más aflictivo el cuadro: en Londres viven de siete á ocho personas en cada casa: á juzgar por las últimas estadísticas, en Madrid de 30 á 31. ¡Qué horror!

Las familias necesitadas de nuestros grandes centros y compuestas por término medio de cinco á seis individuos, viven literalmente prensados en buhardillas, patios, comedores ó porterías, donde vése además el gato, el perro, las gallinas y otros animales domésticos. Los techos son bajos, los dormitorios homeopáticos y los suelos destilan una constante humedad; de modo que el inquilino pobre, estando allí como sardina en banasta, pasa la noche en la taberna, en el Prado ó en la Puerta del Sol, huyendo de la fatiga que pesa sobre sus pulmones.

Y como los hombres sufren las influencias del medio físico ó local en donde residen, habiendo dicho Ramazini: *Dime qué aire respiras y te diré de dónde eres*, el bracero madrileño es de estatura pequeña, de temperamento linfático, de constitucion débil y color pálido, cuyo estado fisiológico, afectando á las otras clases, hace que la poblacion de la corte, en general, no tenga el desarrollo físico suficiente ni la robustez necesaria. Además, con esas malas condiciones de las casas los sagrados vínculos de la familia se relajan ó rompen, la inmoralidad crece, la ociosidad y la vagancia se toma como un precepto higiénico.

Las casas muy altas ó muy bajas quebrantan la salud. El Dr. Quarin, médico del emperador José II, atribuía la hemoptisis, en Viena, á las vicisitudes atmosféricas y á la extraordinaria altura de las casas, muchas de las cuales tenían á la sazón cinco, seis y hasta nueve pisos. El Dr. Sainte-Marie afirma que los obreros de Lyon (Francia), donde no hay casas bajas, deben su endebles á la falta de aire que pesa sobre las construcciones elevadas y las calles estrechas. Y á la misma causa, refiriéndose á Paris, achaca el distinguido higienista Londe las tabes mesentéricas, las enfermedades del sistema linfático de los niños que se crían en las tiendas, y los dolores reumáticos de los artesanos que habitan cuartos bajos.

En la primera capital de España véanse casas construidas hasta treinta ó cuarenta varas sobre el nivel de la calle. El periódico *La Tutelar*, ocupándose de este asunto en uno de sus números, correspondiente al 15 de Marzo de 1858 decia lo siguiente: «Contra todas las reglas que el ornato público y la higiene recomiendan, las casas se levantan á una altura desproporcionada á la anchura de las calles, y éstas se

convierten en fosos de una fortaleza, más bien que en vías abiertas al tránsito. Falta la luz, falta el aire, falta la pureza y la circulacion de este mismo agente tan necesario á la vida. Y todo ¿para qué? ¿Es Madrid una plaza fuerte cuya cintura de hierro no se puede traspasar? ¿Hay obstáculos para que la construccion se extienda? Ninguno: y á pesar de esto hace medio siglo que las casas suben hasta las nubes, burlándose las ordenanzas, de suyo malas, con los sota-bancos y los entresuelos, tanto que, comparando nuestras casas de hoy, no ya con las hechas á la malicia, sino con las más modernas del pasado siglo, parecen un gigante y un pigmeo.»

Razonemos.

La salubridad del aire no es una cuestion secundaria, como creen aquellos que desconocen el papel activo de este fluido sobre nuestra economia; alimento por excelencia, es también la más imperiosa de todas las necesidades. Segun sus condiciones, constituye un principio biológico ó un veneno.

La química moderna ha descubierto hoy en el aire otros elementos que los tres gases (oxígeno, ázoe, ácido carbónico), y derramando sus luces sobre la fisiología patológica, señaló la génesis de algunas enfermedades desarrolladas por los miasmas.

Las alteraciones accidentales del aire ó de sus componentes han hecho que muchos micrógrafos estudiasen los corpúsculos orgánicos, los animalillos, los gérmenes y los restos distintos suspendidos en ese gran modificador, merced á cuyos trabajos podemos ya explicar los fenómenos miasmáticos y los de la fermentacion pútrida.

La ciencia enseña que el aire viciado, ya por las condiciones normales de la vida, ya por la respiracion, ya por las excreciones del cuerpo, es tanto más infecto, cuanto que las habitaciones son más estrechas ó están mal ventiladas. Contiene emanaciones deletéreas, debidas no á 3 ó 4 centésimas ménos de oxígeno ó algunas milésimas más de ácido carbónico, sino á la presencia de una materia particular, *elemento orgánico, putrescible*, cuya composicion se desconoce todavía. Es un esfluyio que se desprende del cuerpo humano en estado de salud, un verdadero miasma fisiológico.

La esfera respiratoria llega á su último extremo en las clases inferiores, porque se dedican á trabajos más ó ménos fatigosos, andan mucho y carecen de recursos para poder mudarse con frecuencia la ropa blanca interior.

Muchos y grandes son los peligros producidos por el aire viciado, al que los físicos contemporáneos llaman *aire confinado*, empleando una ingeniosa elipse. Citaremos algunos casos.

A fines del siglo pasado, los indios dieron un

ataque victorioso contra el ejército inglés invasor, cayendo en poder de los indígenas 146 prisioneros, los cuales fueron encerrados dentro de una sala que tenía 20 piés cuadrados. Pronto experimentaron sofocación, necesidad de respirar, calor anormal, sed intensa; y no pudiendo por más tiempo sufrir tan terrible estado, dirigiéronse instintivamente en tropel hácia las dos únicas aberturas del corredor, ávidos de respirar algunas bocanadas de aire, trabándose entre ellos una titánica lucha para disputarse ese sitio de salvación. Ocho horas pasaron y se abrió la puerta del encierro: sólo existían 23 presos; los demas eran cadáveres.

Otro hecho análogo tuvo lugar en la nación vecina al poco tiempo de la batalla de Austerlitz: 300 austriacos prisioneros, conducidos á la frontera, habían pernoctado en un sotabanco estrecho; 260 de estos infelices murieron asfixiados; 40, que aún respiraban, resultaron al año ser inútiles para el trabajo por su gran debilidad.

En 1845, el coronel Pelleistier, que tanto se ha distinguido durante la guerra de Crimea por sus brillantes hechos de armas, persiguió á una columna de árabes hasta internarla en una débil fortaleza provista de una sola abertura. Dicho jefe, en vez de sitiar al enemigo por hambre, tuvo la satánica ocurrencia de arrojar algunos haces de paja encendida á la entrada de aquella, creyendo que con el humo y la viciación del aire, los árabes abandonarían al punto su recinto. Por desgracia, no sucedió así: ocupado sin resistencia el fuerte por las tropas francesas, hallaron en él 500 cadáveres. El aire, alterado por la combustion y la respiración, produjo los efectos de un veneno mortal.

Los escritores ingleses aseguran que, reunida en sesión pública la Academia de Oxford, jueces y acusados, alguaciles y auditorio, todos fueron acometidos de una asfixia que puso término á su vida. La alteración del aire, efecto del hacinamiento de individuos en un local estrecho, ocasionó tan horroroso accidente.

Conocidas ya las consecuencias lúgubres del aire mefítico, presentaremos seguidamente otras consoladoras; donde resaltan las incalculables ventajas de una buena ventilación.

Hace pocos años, 50 miembros pertenecientes á la Real Sociedad de Edimburgo reuniéronse con el objeto de comer en una fonda recién construida; el comedor no estaba alumbrado por luces de gas, y el aire circulaba por todas partes. Mientras duró la comida aquellos nada notaron, pero el dueño del restaurant, que conocía los hábitos de los comensales, observó habían comido y bebido tres veces más que ántes, esto es, cuando el comedor tenía alumbrado de gas y su ventilación era escasa.

El administrador de una panadería quedó sor-

prendido al tener un aumento notable en el consumo, remitiendo al jefe del establecimiento este estado demostrativo:

CONSUMO DE PAN DURANTE LOS TRES ÚLTIMOS MESES DE 1873 Y 1874.	
1873 (taller no ventilado).....	15.656 kilóg.
1874 (taller ventilado).....	20.014 —
<i>Diferencia</i> .....	4.358 kilóg.

Bajo el punto de vista morboso, las enfermedades más graves que la medicina combate provienen de respirar una atmósfera infecta. Las emanaciones deletéreas del aire confinado que nacen y se concentran en los sitios estrechos faltos de ventilación y de luz, obran sobre nuestro cuerpo lenta é insensiblemente; vician poco á poco la sangre y la desfibrinan, aumentan los flúidos blancos, y por consecuencia desempeñan un papel patológico asaz activo.

Estos dañisimos efectos, que no deben considerarse siempre como la causa primera de las epidemias, se confunden ó combinan de mil maneras entre sí, desenvolviendo mortíferas enfermedades que, aunque difieren por sus síntomas, son iguales en su esencia ó naturaleza; ora representan aquellos una circunstancia agravante ó un medio trasmisible; ora desarrollan afecciones sordas, latentes y graves, como la tisis, la anemia, la escrófula y el raquitismo; ora engendran otras que llevan el sello del contagio é invaden á muchas personas á la vez, tales son la fiebre tifoidea, el cólera, la viruela, la disentería, el escorbuto, etc. Lind, Zimmerman, Pringle y Vanderhaat han dicho con sobrada razón que una misma causa, el aire impuro, desarrolla todas las enfermedades de carácter pútrido, tan comunes antiguamente en las plazas sitiadas, en los campamentos de guerra, en los hospicios, en las cárceles, en los presidios y en los buques.

Examinando atentamente la mortalidad en sus distintas fases por una parte, y por otra, bien se analicen las causas insalubres para poder explicar el *por qué* una enfermedad determinada prefiere el pobre al rico; bien se indague con escrupulosidad el *por qué* tal ó cual establecimiento, este ó aquel barrio, se nutren más de enfermos que aquellos otros; bien, por último, se busque el *por qué* las defunciones son más numerosas en los grandes centros que en las aldeas, suponiendo igual número de habitantes, concluiremos por sentar, en definitiva, que semejantes diferencias responden á la falta ó viciación del aire. Y este hecho cierto que entorpece la marcha administrativa por complicar el ramo de Beneficencia con las estancias causadas, además de los gastos consiguientes, ¿no merece asegurar la vida del pobre proporcionándole aire?

Es un axioma que la mortalidad está en razón directa con el censo, siendo mayor el número de defunciones en las principales ciudades que en las aldeas, á igualdad de habitantes. La proporción fijase:

Para las capitales: de 1 muerto por 36 habitantes.

Para las aldeas: de 1 por 48 habitantes.

Mr. Ducpetiaux, en su brillante opúsculo titulado *Las defunciones segun la poblacion y la miseria*, regula esta cifra:

En el campo: de 1 por 29.

En las capitales más salubres y con un censo de 45.777 almas: de 1 por 53.

Tamaño supremacía del campo comparado con las ciudades, estriba en el aire puro que allí se respira; aire eminentemente vivificador y profiláctico contra una multitud de dolencias ya físicas, ya morales. Bondad campestre que ha hecho exclamar constantemente á Horacio en medio de los placeres que le prodigaba la corte de Augusto: *¡Orus, quando te aspiciam!* (¡Oh campo, cuándo te veré!)

De un notable trabajo que acaba de publicar el Consejo de Sanidad de Lieja, dedúcese que las defunciones ocurridas durante un período de doce años (desde 1862 á 1874) son más numerosas en los países industriales, y ménos en los agrícolas.

En igualdad de circunstancias, la mortalidad está en razón directa con la densidad de la masa popular en un espacio dado, con la disposición interior de las casas, con la falta de capacidad relativa, y el número de los indigentes. Hé aquí por qué la muerte encuentra su pasto favorito dentro de los tugurios situados en los barrios populares y sucios, donde viven las clases pobres, causando más ó ménos víctimas. Tan triste privilegio del proletario confirmase diariamente en Lóndres, París, Génova, Bruselas, Madrid y Barcelona.

Entre las enfermedades más graves debidas á la insuficiencia del aire ó á la alteración de sus elementos constitutivos, figura á la cabeza la fiebre tifoidea. Esta aparece bajo el influjo de los gases acumulados que se desprenden incesantemente del cuerpo humano, propagándose por la vía miasmática. El laborioso médico Craminetix señala como las causas principales de esta enfermedad el hacinamiento de los individuos y la viciación del aire, que es su consecuencia inmediata. «No nos sorprende, añade, su aparición súbita y pronta á invadir las capas inferiores de la sociedad, fijándonos en las casas y el *modus vivendi* de los braceros, rodeados de las condiciones más favorables para el nacimiento del germen destructor.» Durante el período de 1843 á 1847, en Versalles se había desarrollado anualmente una epidemia mortífera de fiebres tifoideas hácia el mes de Octubre en los soldados

procedentes de la guarnición de Saint-Cloud. Esta epidemia tenía de particular que se presentaba todos los años ocho días después de la llegada del rey Luis Felipe, desapareciendo con su regreso á dicho punto. La guarnición, que en tiempos normales se componía de 400 á 500 hombres, con la venida del monarca se elevaba á 1.500. Las tropas vivían hacinadas en alojamientos estrechos, faltos de aire puro.

Está probado que el tifus se declara allí donde hay una reunión más ó ménos considerable de individuos, como en los hospicios, en las cárceles, en los presidios, etc.

Un aire cargado de principios deletéreos provoca igualmente el desarrollo de la tisis, cuyo solo nombre aterra. Su frecuencia obedece á las malas cualidades de la población obrera. El Dr. Egeling asegura en su *Estudio estadístico acerca de la mortalidad en los arrabales de Amsterdam*, que esa enfermedad es tanto más comun, cuanto mayor es el número de los proletarios, pudiendo sentar, en tésis general, que las clases pudientes dan 20,6 defunciones por cada 1.000 habitantes, y las clases pobres 39,0. Segun la densidad de nuestra población, la tisis reina aquí en las proporciones siguientes:

Número de nuestros cuadros por habitante.	Defunciones por tisis en 1.000 habitantes.
30	5,33
140	4,09
173	3,32

En sentir de Heyman y Mareska, las dolencias del pecho y de los órganos respiratorios son cuatro veces más frecuentes en las clases laboriosas que en las demás, á causa del aire infeccionado resultante de su aglomeración dentro de estrechas casas, fábricas ó talleres.

El hacinamiento es citado por todos los autores como una causa determinante de la disentería. En 1847 apareció una epidemia disentérica en un hospicio de Meulobek (Bélgica): los médicos la atribuyeron á la viciación del aire, motivada por haber admitido un gran número de pensionistas. Las epidemias de escorbuto se han atribuido á la falta de pureza del aire. Mr. Nanguin afirma que, «si el escorbuto se presenta ahora con ménos frecuencia que ántes entre la marina francesa, se debe á las instrucciones higiénicas, á la ausencia del hacinamiento, á una ventilación más extensa ó completa, y en una palabra, á todo cuanto da al hombre la mayor cantidad posible de aire puro. Véase, pues, que las enfermedades de naturaleza humoral y tífica se dan la mano en cuanto se relacionan con su *causalidad*. Todas son hijas de la aglomeración y del aire confinado. De un reciente trabajo acerca del

último cólera que invadió á Paris, resultan los hechos siguientes: 1.º Los enfermos gravemente invadidos habitaban los dormitorios más estrechos y las camas ocupaban los rincones de las salas. 2.º Cada vez que se renovaba el aire, ya en una parte aislada del establecimiento, ya en su totalidad, no había nuevas invasiones. 3.º Este ensayo se ha hecho en cuatro puntos distintos del edificio, dando siempre idénticos resultados. 4.º La epidemia acometió el mismo día á los menesterosos y á los locos. 5.º Entre tanto no se ventilaba debidamente, la mortalidad fué igual para ambos, según la población. 6.º Desde el momento que tuvo lugar la renovación del aire en favor de los indigentes, que ascendían á 3.289, la epidemia parecía suspenderse. 7.º Recrudesciase, por el contrario, entre los locos, con los cuales era imposible adoptar támañas medidas. 8.º La epidemia diezma á los proletarios cuando se interrumpía la ventilación nocturna. 9.º El cólera llegó á su período de incremento el mismo día, y en el punto más ventilado hubo 7 muertos por 3.289 pobres, mientras que los locos sin ventilación dieron 16 defunciones por 1.200. 10.º Esta enfermedad disminuyó el mismo día entre unos y otros, pero con diferencias proporcionales. 11.º La mortalidad refugióse en las casitas, es decir, en las jaulas donde los dementes estaban encerrados y el espacio era reducido. 12.º En las habitaciones estrechas, alcobas y gabinetes donde apenas se renovaba el aire ocurrieron muchos casos de cólera fulminante, existiendo una íntima relación entre la gravedad de los síntomas y la exigüidad de las casas. Hace ya tiempo que la estadística viene confirmando la misma ley. Todos los factores morbosos y las enfermedades graves resultantes de la falta de aire ó de su impureza, se encierran dentro de una condición que acorta la vida, que imprime la marca profunda de una gran debilidad física, que presenta el blanco de las epidemias, que reviste á las dolencias con un carácter de atonía ó de linfatismo. Es esta condición inevitable, pero cuyos desastrosos efectos pueden disminuirse por varios medios, la miseria, monstruo insidioso é invisible de donde nace la ignorancia, el error, la imprevisión, la pereza, la haraganería, el desorden, los excesos, la holganza, el odio á los ricos, el crimen y hasta el idiotismo. Por él los matrimonios y los nacimientos disminuyen; los hospitales, los hospicios, las cárceles y los presidios se nutren; las enfermedades que poseen y gozan del triste privilegio de la herencia, se transmiten de padres á hijos con más regularidad que los bienes de fortuna.

Otras veces el aire confinado no produce degeneraciones tan francas como las referidas, sino un desgaste rápido del organismo ó la pérdida de sus fuerzas. Así, comparando los braceros pobres de treinta

á cuarenta años con los sujetos de igual edad pertenecientes á los altos rangos, se nota entre ellos una diferencia de conservación caracterizada por la debilidad ó la robustez respectivamente.

Las apreciaciones que preceden ponen de manifiesto la suprema necesidad de conjurar radicalmente los desastrosos efectos del mefitismo ó del aire confinado, sustituyendo el carbono y la lobreque que abundan en las insalubres casas de nuestras clases laboriosas, por el oxígeno y la luz.

Por desgracia, los tugurios donde vive la inmensa mayoría de nuestros obreros no llaman la atención de las autoridades locales hasta que llega la hora del peligro y se tocan fatales consecuencias, ó bien la aparición de esta ó aquella epidemia denuncia un tradicional indiferentismo que tan caro cuesta.

¡Conócense los medios para conjurar el mal, y no se aplican! La rutina, la inercia de la rutina nos castiga con días de gran prueba, y siembra por doquier el luto, el pánico y la desolación, á causa de dar poca ó ninguna importancia á utilísimos proyectos, cuyas innumerables ventajas se escapan al cálculo. Indolentes por hábito, miramos impasibles las plagas que nos son familiares, reservando la voz de alerta para cuando nuevos azotes nos afligen. Y si no, ¿qué sucede á la aparición de una epidemia? Entonces las Juntas de Sanidad redoblan su infatigable celo y recomiendan la estricta observancia de las reglas higiénicas; giran escrupulosas visitas á los barrios sucios de los pobres; mandan se desaloje en seguida tal ó cual edificio insalubre; disminuyen el hacinamiento de los individuos, etc., etc. ¡Inútiles esfuerzos! Estas y otras disposiciones tomadas á la ligera y cumplidas á medias, forzoso es convenir son estériles; á la extraordinaria actividad desplegada en los primeros días de la epidemia reinante sucede un letargo inexplicable. ¿Acontecería esto si se adoptasen medidas higiénicas permanentes? ¿Por qué en tiempos normales, ó cuando el estado sanitario de la Península es satisfactorio, no nos preparamos contra las causas productoras de esos mortíferos azotes? ¿Acaso la génesis de tan terribles calamidades populares es, en general, una influencia meteórica desconocida? No. La historia médica contemporánea señala entre sus principales factores las casas y el régimen alimenticio de la población obrera.

Ya el insigne conde de Cabarrús se ha quejado en una de sus cartas del descuido de los gobiernos en materia sanitaria: «Pero que una enfermedad terrible y exótica, dice, digno premio de la extravagancia de las Cruzadas, arrebate en su flor la cuarta parte de nuestra población; que otra, más cruel aún, inficione generaciones enteras, y, contradiciendo la naturaleza, la ofenda en la más imperiosa de sus necesidades; que las fiebres epidémicas acaben con

una porcion de los que se libertaron de ambos riesgos; en fin, que nuestros hospitales y cementerios aumenten el corto número de enfermedades sencillas á que estaría sujeta nuestra especie, y den el sér á males desconocidos, y, digámoslo así, ingeniosos que atormenten ó abrevien nuestra efimera existencia; que las castas enteras se degraden y se rarifiquen; ahí está nuestro tribunal de Sanidad que no conoce ni teme más que la peste, y que sólo se aviva cuando oye hablar de peste.»

¡El estado sanitario general de un país! ¡El vigor físico de las naciones! ¿A quién no interesa? ¿No hay remedios para aumentarlo y fortalecerlo? Veámoslo. Por lo que toca á España, fácil sería mejorar sus condiciones sanitarias si en vez de acudir al cómodo calificativo de «satisfactorio» empleado generalmente sin conocimiento de causa para expresar la salubridad del país, se diese un decreto nombrando una comision competente, encargada de formar la topografía médica nacional, á imitacion de Bélgica, Alemania, Suiza, Francia y de otras naciones que marchan á vanguardia de los progresos científicos modernos.

Porque carecemos de un trabajo de esa índole, la medicina española no tiene vida propia. Nacida en un medio físico ó local extraño, la recibimos hecha del extranjero, trasplantándola de golpe y porrazo en nuestro suelo, donde naturalmente no puede ménos de ser estéril en resultados prácticos positivos al chocar con intereses contrarios á su constitucion; pues es distinto el aire, distintas las aguas y distintos los lugares. No quiere decir esto que no nos utilicemos de los adelantos científicos extranjeros, sino que cuando se escriba la Topografía médica de España, tomando por punto de partida una estadística auténtica, se habrán echado los primeros cimientos de una medicina española, en donde está encerrado el secreto de nuestro engrandecimiento físico y moral.

Entónces, la geología y la metereología médicas, dos ciencias nacientes é incompletas por tanto, pondrán aquí de manifiesto su incontestable poder. Estos enérgicos modificadores ejercen un gran influjo, no sólo sobre las manifestaciones de las enfermedades, sino tambien sobre el desarrollo físico y moral de los habitantes. Tal es el importante papel que desempeña el aire, la temperatura, las perturbaciones meteóricas, la naturaleza del terreno y la calidad de las aguas.

Con efecto, la colectividad humana, considerada como habitante de este gran planeta, tiene leyes que se refieren á su conservacion ó deterioro físico, constituyendo los dos estados de salud ó enfermedad; considerada como parte de esa colectividad, viviendo dentro de un medio local determinado, por ejemplo, en Madrid, tiene leyes que ligan las con-

diciones atmosféricas y las que se derivan del suelo (meteorología y geología) con las peculiares al organismo sano de sus habitantes (fisiología); considerada enferma, por último, las tiene tambien entre sí, esto es, emanadas del encadenamiento ó enlace íntimo que existe entre la atmósfera, el suelo y la humanidad doliente (nosología).

Ahora bien: aplicando las grandes leyes que rigen el movimiento atmosférico á las enfermedades humanas, verdadera síntesis del progreso científico-médico representado por el *ultimatum etiológico*, resulta el *genio nosológico*, ó, como dirían los antiguos, la constitucion médica reinante en un pueblo, en una ciudad ó en una nacion, que todos anhelan conocer por entrañar principios vitales. De aquí que cada comarca tiene sus enfermedades propias ó más comunes respecto de aquella otra, revelando, digámoslo de una vez, una *fisonomía morbosa sui generis* y variable, segun las zonas, la temperatura, la anemografía, la orografía, la hidrografía, los meteoros, los hidrometeoros, la electricidad atmosférica y terrestre.

Ya lo ha dicho Humboldt: «En el punto más culminante de las cordilleras, region de los hielos y de las escarchas, se observan durante todo el año las enfermedades inflamatorias; en las regiones intermedias y expuestas á vicisitudes atmosféricas continuadas se estacionan las enfermedades catarrales; en los puntos templados, donde las cualidades del aire son dulces, las dolencias no presentan los extremos expuestos; en las regiones inferiores ó zonas ecuatoriales reinan las enfermedades ardientes y biliosas ó las biliosas pútridas, segun que la comarca ocupada es seca, húmeda ó pantanosa.

La topografía médica nacional imprimiría tambien aquí un vigoroso impulso á la higiene, cuyas sábias reglas regeneran á las poblaciones, dotándolas de fuerza física, fuerza moral, salud y contentamiento. ¡Qué de maravillas ha creado la higiene! Gracias á sus progresos incesantes, realizados en la segunda mitad del siglo XIX, las afecciones mortíferas, que antiguamente aparecían cada siete ú ocho años, invadiendo una gran parte de Europa, ahora son más raras y ménos graves; las dolencias comunes más conocidas y ménos extensas; los años de hambre escasean, por fortuna; las crisis alimenticias disminuyen; las causas morbosas individuales reducen su círculo; la propagacion del contagio es más difícil; los pueblos que comprenden el justo valor de sus intereses sanitarios dan al necesitado aire puro, luz, espacio, agua y alimentos baratos. La medicina preventiva mató la supersticion, las preocupaciones y el misticismo del siglo XV, que, desconociendo los medios profilácticos, consideraba las enfermedades como un castigo de la Providencia, y la aparicion de un cometa ú otro fenómeno físico como el digno

precursor. Ella ha sancionado que el malestar de las clases laboriosas corresponde á dos causas de insalubridad, que piden y exigen por interes comun hacer otras tantas mejoras: ora depende de *causas físicas internas*, subordinadas enteramente á la causa y á los alimentos; ora de *causas morales* manifestadas por sus hábitos ó costumbres, y producto de las primeras.

Es que todas las ciencias son solidarias entre sí y convergen mutuamente hácia el bien físico y moral de la humanidad: el estudio de las condiciones materiales de la produccion y de la riqueza, ha servido de norma á los economistas para examinar el hombre bajo el punto de vista utilitario; el individuo, considerándose productor, se ha hecho digno; la sociedad le ocupa y cuenta con él cuando está sano, pues enfermo no puede utilizarlo en ninguna de sus funciones: era necesario asegurar la vida de la individualidad y de la colectividad humana, sostener sus fuerzas físicas, morales é intelectuales, á fin de que todo hombre nacido pará el trabajo encontrase por este saludable medio la satisfaccion de sus necesidades.

Así las cosas, aparece en las regiones científicas la higiene pública, que, dirigiéndose á la sociedad y girando dentro de una dilatadísima órbita, impone á los gobiernos, á la administracion provincial y municipal el deber ineludible de velar por las condiciones generales de salubridad, aliviando juntamente la suerte de las clases necesitadas. La higiene, hecha reina y señora del mundo por su objetivo superior al de las demas ciencias, constituye la base de la gran ciencia social. ¿Qué títulos alega para ello? Los de fundarse sobre el conocimiento de las causas que producen las enfermedades y establecer principios sólidos para conservar el vigor de la vida humana, puesto que da leyes relativas al aumento, disminucion ó mortalidad de las poblaciones, considerándolas primeramente en masa, y despues por clases, estableciendo grupos; pueblos rurales ó urbanos, industriales ó agrícolas, ricos ó pobres, civiles ó militares, determinando las influencias saludables ó peligrosas para sus habitantes.

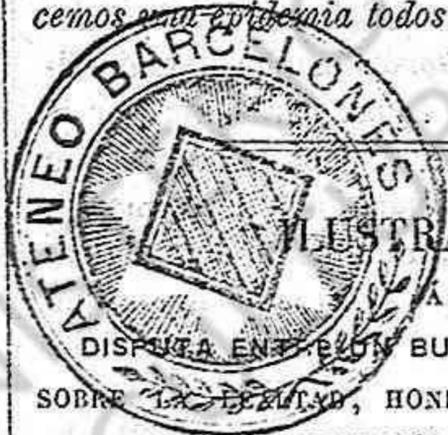
Ya lo veis: ántes que las cuestiones referentes al ornato público ó al embellecimiento de las primeras capitales, cuyas obras absorben todos los recursos de los municipios, están las cuestiones higiénicas sociales, y principalmente la construccion de buenas casas para obreros. La historia moderna ensalza justamente el nombre de miss Nightingale, que con sus cuidados higiénicos salvó de una muerte segura á millares de hombres enfermos.

Del estudio topográfico-médico nacional resultarían, pues, dos órdenes de hechos: 1.º Conocer cuáles eran las enfermedades reinantes en nuestro

país, expresando su frecuencia relativa y distribucion geográfica. 2.º Señalar las causas de las enfermedades más comunes en España, y la parte de influencia que debe atribuirse al suelo, al clima, á los oficios, á las condiciones materiales y morales de las clases laboriosas, á las casas insalubres, etc.

Como empleando los mismos medios y los mismos sistemas se obtienen siempre tambien los mismos resultados, no es extraño que la situacion sanitaria del pueblo español se mejore, ni que otras enfermedades exóticas tomen carta de naturaleza en nuestro territorio, recordándonos esta expresiva frase de los portugueses: *Nao prestamos para nada, que somos un povo incorrigivel, é que merecemos una epidemia todos os annos.*

M. M.



## ILUSTRACIONES

LA DISPUTA ENTRE EL BURGALÉS Y UN VIZCAINO SOBRE LA VERDAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

LOPE DE AGUIRRE.

### I.

Varios soldados de este apellido nombran Antonio de Herrera, Diego Fernandez el Palentino, Garcilaso de la Vega, Fray Pedro Simon y otros historiadores, entre aquellos que más bulleron en las sediciones, alborotos y levantamientos ocurridos en el Perú, desde 1541 en que los de Chile ó almagristas mataron al marqués Francisco Pizarro, hasta que fueron castigadas las rebeliones de Gonzalo su hermano, de D. Sebastian de Castilla y de Francisco Hernandez Giron. Un Aguirre figura en muchas de ellas con el nombre de Lope, á quien Garcilaso llama á veces el loco; otro Aguirre muestra su espíritu vengativo asesinando á un juez que le castigó por cierta falta; y con el nombre tambien de Lope de Aguirre ha pasado á la historia el autor de las crueldades cometidas en la navegacion del rio Amazonas, que empezaron con el asesinato de Pedro de Ursua, siguieron con el de D. Fernando de Guzman, que para sucederle en el mando coadyuvó á su muerte, y no terminaron hasta que las tiranías y traiciones al rey de España, cometidas por Aguirre, fueron expiadas. ¿Se referirán á un mismo sujeto, ó sea á Lope de Aguirre, todos los sucesos en que la historia presenta á aquel monstruo con el triple deshonoroso distintivo de asesino, traidor y parricida? No parece deducirse otra cosa de los datos re-

\* Véase los números 123 y 125, págs. 9 y 86.

cogidos por los analistas americanos del siglo XVI.

«Era Lope de Aguirre, según Fray Pedro Simon (1), guipuzcoano, natural de la villa de Oñate, hijo de padres hidalgos; personas de mediano estado, cuyos nombres no se han podido saber. Tendría cuando lo mataron cincuenta años, ántes más que ménos; era pequeño y menudo de cuerpo, mal agestado, la cara pequeña y chupada, barbinegro, los ojos de cascabel, en especial si miraba de hito ó estaba enojado; gran hablador, bullicioso y determinado cuando se hallaba en cuadrilla, pero fuera de ella pusilánime y cobarde. Sufrió mucho el trabajo, así á pié como á caballo; andaba armado de continuo y tan apercebido, que nunca le hallaron sino con dos cotas, ó con una y un peto, ó celada de acero, su espada, daga, arcabuz y lanza; dormía muy poco, á lo ménos de noche, aunque de día reparaba algo de esto.

Era enemigo de buenos, y de toda virtud; en especial de rezar, y que nadie rezase delante de él: y así, en viendo á algunos de sus soldados con horas ó cuentas en las manos, se las quitaba, rompía y quebraba, diciendo no quería sus soldados muy cristianos ni rezadores, que eso se quedase para los frailes y monjas que se les entiende de ello, sino que si fuese menester jugasen con el diablo á los dados sus almas. Y solía decirles *que Dios tenía el cielo para quien le sirviese, y la tierra para quien más pudiese*; y que tenía y sabía por cierto, no se podía salvar; y que estando vivo ardía en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que las alas, había de hacer tantas maldades y crueldades, que viniese á sonar su nombre por toda la tierra, y hasta el noveno cielo. Y que no dejasen los hombres, por miedo del infierno, de hacer todo lo que su apetito les pidiese, que sólo el creer en Dios bastaba para ir al cielo: y que le mostrase el rey de Castilla el testamento de Adán, para ver si en él le había dejado heredero de las Indias.

Vivió Aguirre en el Perú más de veinte años, muy de otra suerte que él decía en la carta que escribió al Rey: había vivido; porque su ejercicio era domar potros y hacer caballos suyos y ajenos, pagándosele, y quitarles los resabios, creciendo él cada día en los suyos. Fué siempre inquieto, amigo de revueltas y molines; y así en pocos de los que

hubo en su tiempo en el Perú, dejó de hallarse. No se supo hubiese servido en cosa noble, ni á S. M. jamás á derechas: sólo se sabe fué con Diego de Rojas á la entrada de los Chunchos (1541), y saliendo de allí, fué con el capitán Pedro Alvarez (Perálvarez de Holguin) al socorro de Baca de Castro, y víspera de la batalla de Chupas (1542) se escondió en Huamanga, por no hallarse en ella. En el alzamiento de Gonzalo Pizarro, aunque fué por alguacil de Melchor Verdugo, se quedó en Nicaragua, y no volvió al Perú hasta pasada la batalla de Jaquijaguana (1548).

Hallóse despues de esto en intentar muchos bandos, y motines que no tuvieron efecto; y en la muerte del general Pedro Alfonso de Hinojosa, Corregidor de las Charcas, con D. Sebastian de Castilla (1553); y como á uno de los principales de este motin le condenaron á muerte, que no la ejecutaron por haberse escapado, y escondido tan bien, que no lo pudo haber á las manos el mariscal Alonso Alvarado, por buenas diligencias que hizo. Andando alzado por esto, se reveló contra el Rey Francisco Hernandez Giron (Noviembre 1553), y habiendo dado los Oidores del Perú perdon general á todos los que se hubiesen hallado en otras rebeliones, que quisiesen servir al Rey en la guerra contra el Francisco Hernandez, por gozar de esta ventaja se metió debajo del estandarte real, y se halló en una refriega, en la que le hirieron en una pierna (de que anduvo despues siempre cojo), que no se holgó poco, por serle esto ocasion de no hallarse despues en el rompimiento. Eran tantas las sediciones que levantaba en cuantas partes se hallaba, que no pudiéndole tolerar en ninguna del Perú estaba desterrado de las más; por lo cual le llamaban Aguirre el loco. Tuviéronle en el Cuzco á pique de ahorcar, por otro motin que él y Lorenzo de Salduendo, su compañero (á quien mató), ordenaban contra S. M. Huyóse por esto de la cárcel, con que andaba al monte y perseguido de todos; que fué causa para que entrase en la jornada de Pedro de Ursua (1559 á 1560); con intentos de hacer todo lo que hizo y lo demas, y por la fama que había de que el Pedro de Ursua la había emprendido para volver con la gente de ella sobre el Perú.»

Segun otras noticias de Fray Pedro Simon, debió Aguirre de llegar al Perú ántes del año 1540, pues en 1560, al emprender la jornada con dicho Ursúa, hacía más de veinte que estaba en aquella tierra. En 1541 se le encuentra ya en la entrada de los Chunchos: al darse en 16 de Setiembre de 1542 la batalla de Chupas, que destruyó al partido de Almagro el mozo, huyó como algunos otros á Huamanga por no encontrarse en la que todos presumían, y resultó al cabo sangrienta matanza; puesto que de los 1.500 combatientes que de uno y otro bando

(1) Primera parte de las noticias historiales de las *Conquistas de Tierra-firme en las Indias occidentales*. Compuesto por el Padre Fray Pedro Simon, provincial de la seráfica orden de San Francisco del Nuevo Reino de Granada en las Indias, lector jubilado de Sacra Teología, y Qualificador del Santo Oficio, hijo de la provincia de Cartagena en Castilla, natural de la Parrilla, obispado de Cuenca. Dirigido á nuestro invictísimo y mayor Monarca del Antiguo y Nuevo Mundo Philipo IV, en su Real y Supremo Consejo de Indias. Con privilegio real en Cuenca, en casa de Domingo de la Iglesia, año de 1626. Sexta noticia, capítulo 52, páginas 564 y 65.

pelearon, apénas una tercera parte salieron ilesos. Dos años despues (1544), verificó su alzamiento Gonzalo Pizarro, y á él, como á todas las sediciones, acudió Aguirre como alguacil de Melchor Verdugo; y tambien esquivó las peleas, retirándose y permaneciendo en Nicaragua hasta despues de la batalla de Jaquijaguana, ocurrida en 15 de Abril de 1548, en la que murieron con Gonzalo Pizarro y los principales de sus partidarios las más temibles pretensiones de independencia hasta allí sustentadas.

Pasado aquel suceso, dejó de oírse el nombre de Lope de Aguirre por algun tiempo, hasta que en la primavera de 1553 se le vió formar entre los sediciosos capitaneados por D. Sebastian de Castilla para asesinar, como asesinaron, al mariscal Hinojosa; y con Vasco Godinez y luégo con Francisco Hernandez Giron, de quien se separó esquivando tambien las peleas y acogiendo al indulto ofrecido por los Oidores. Fugitivo á poco de la justicia por haber cometido otros desmanes, se alistó en la expedicion de Pedro de Ursua, donde obtuvo su nada envidiable celebridad.

Vése, pues, en todo esto un intermedio de cuatro años, desde Abril de 1548 á Mayo de 1552, sin que su nombre figure, y sólo el de un sujeto apellidado Aguirre, actor de cierto hecho curioso que, á mi juicio, no se refiere sino al mismo Lope; cuyo suceso cuenta Garcilaso de la Vega de este modo (1):

«Entiempo del Virey D. Antonio de Mendoza (1552), estando de Corregidor en el Cuzco el mariscal Alonso de Alvarado, sucedió un caso particular muy belicoso y atrevido. Y fué; que cuatro años ántes, saliendo de Potosí un gran bando de más de doscientos soldados para el reino de Tucumán, que los españoles llaman Tucuman, habiendo salido de la villa los más de ellos con indios cargados, aunque las provisiones de los Oidores lo prohibían, un alcalde mayor de la justicia que gobernaba aquella villa, que se decia el licenciado Esquivel, que yo conocí, salía á ver los soldados cómo iban por sus cuadrillas, y habiéndoles dejado pasar todos con indios cargados, echó mano y prendió al último de ellos, que se decia fulano de Aguirre, porque llevaba dos indios cargados; y pocos dias despues lo sentenció á doscientos azotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la provision á los que cargaban indios. El soldado Aguirre, habiéndole notificado la sentencia, buscó padrinos para que no se ejecutase; mas no aprovechó nada con el alcalde. Viendo esto Aguirre, le envió á suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase, que aunque él era hijo-dalgo no queria gozar de su privilegio: que le hacia saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vasallos.

Con el licenciado no aprovechó nada, con ser un hombre manso y apacible y de buena condicion fuera del oficio; pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les truecan la natural condicion, como le acaeció á este letrado, que en lugar de aplacarse, mandó que fuese luégo el verdugo con una bestia y los ministros para ejecutar la sentencia. Los cuales fueron á la cárcel y subieron al Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa, viendo la sinrazon acudieron todos al juez, y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia, porque era muy rigorosa. El alcalde, más por fuerza que de grado, les concedió que se suspendiese por ocho dias. Cuando llegaron con este mandato á la cárcel, hallaron que ya Aguirre estaba desnudo y puesto en la cabalgadura. El cual, oyendo que no se le hacia más merced que detener la ejecucion por ocho dias, dijo: «Yo andaba por no subir en esta bestia ni verme desnudo como estoy; mas ya que habemos llegado á esto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho dias habia de tener, buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados.» Diciendo esto, él mismo aguijó la cabalgadura, corrió su carrera, con mucha lástima de indios y españoles de ver una crueldad y afrenta ejecutada tan sin causa en un hijo-dalgo; pero él se vengó como tal, conforme á la ley del mundo.

Aguirre no fué á su conquista, aunque los de la villa de Potosí le ayudaban con todo lo que hubiese menester; mas él se excusó, diciendo que lo que habia menester para su consuelo era buscar la muerte y darle priesa para que llegase aína; y con esto se quedó en el Perú. Y cumpliendo el término del oficio del licenciado Esquivel, dió en andarse tras él, como hombre desesperado para matarle, como quiera que pudiese, para vengar su afrenta.

El licenciado, certificado por sus amigos de esta determinacion, dió en ausentarse y apartarse del ofendido, y no como quiera; 300 y 400 leguas por medio, pareciéndole que viéndole ausente y tan lejos le olvidaria Aguirre. Mas él eobraba tanto más ánimo cuanto más el licenciado le huía, y le seguía por el rastro donde quiera que iba.

La primera jornada del licenciado fué hasta la ciudad de los Reyes (Lima), que hay 320 leguas de camino; mas dentro de quince dias estaba Aguirre con él. De allí dió el licenciado otro vuelo hasta la ciudad de Quito, que hay 400 leguas de camino; pero á poco más de veinte dias estaba Aguirre en ella; lo cual sabido por el licenciado, volvió y dió otro salto hácia el Cuzco, que son 500 leguas de camino. Pero á pocos dias despues vino Aguirre, que caminaba á pié y descalzo y decia, que un azotado no habia de andar á caballo ni parecer donde gente

(1) Comentarios Reales.—Segunda parte, libro VI, capítulos 47 y 48.

lo viesen. De esta manera anduvo Aguirre tras su licenciado tres años y cuatro meses. El cual viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechaban, determinó hacer asiento en el Cuzco, por parecerle que habiendo en aquella ciudad un juez tan rigoroso y justiciero, no se atrevería Aguirre á hacer cosa alguna contra él. Y así tomó para su morada una casa, calle en medio de la iglesia Mayor, donde vivió con mucho recato. Traía de ordinario una cota vestida debajo del sayo, y su espada y daga ceñida, aunque era contra su profesion.

En aquel tiempo, un sobrino del padre de Garcilaso de la Vega, hijo de Gomez de Tordoya y de su mismo nombre, habló al licenciado Esquivel, porque era de la patria, extremeño y amigo, y le dijo:—Muy notorio es á todo el Perú cuán canino y diligente anda Aguirre por matar á vuesa merced: yo quiero venirme á su posada, siquiera á dormir de noche en ella, que sabiendo Aguirre que estoy con vuesa merced, no se atreverá á entrar en su casa.—El licenciado lo agradeció y dijo, que él andaba recatado y su persona segura, que no se quitaba una cota ni sus armas ofensivas y que esto bastaba; que lo demás era escandalizar la ciudad y mostrar mucho temor á un hombrecillo como Aguirre.

Dijo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talle; mas el deseo de la venganza le hizo tal de persona y ánimo, que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo. Pues se atrevió á entrar un lunes á mediodía en casa del licenciado, y habiendo andado por ella muchos pasos y pasado por un corredor bajo y alto, y por una sala alta y una cuadra, cámara y recámara donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno de ellos, y le dió una puñalada en la sien derecha, de que lo mató, y despues le dió otras dos ó tres por el cuerpo, mas no le hirió por la cota que tenía vestida; pero los golpes se mostraron por las roturas del sayo. Aguirre volvió á desandar lo andado, y cuando se vió á la puerta de la calle halló que se le había caído el sombrero, y tuvo ánimo de volver por él, y lo cobró y salió á la calle; mas ya cuando llegó á este paso iba todo cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la iglesia á guarecerse en ella, teniendo la calle en medio.

Fuese hácia San Francisco, que entonces estaba el convento al Oriente de la iglesia, y habiendo andado buen trecho de la calle, tampoco acertó á ir al monasterio. Tomó á mano izquierda por una calle que iba á parar donde fundaron el convento de Santa Clara. En aquella plazuela halló dos caballeros mozos, cuñados de Rodrigo de Pineda, y llegándose á ellos les dijo:—Escondedme, escondedme:—sin saber decir otra palabra; que tan tonto y

perdido iba como esto. Los caballeros que le conocían y sabían su pretension, le dijeron:—¿Habeis muerto al licenciado Esquivel?—Aguirre dijo:—Sí; señor, escondedme, escondedme.—Entonces le metieron los caballeros en la casa del cuñado, donde á lo último de ella había tres corrales grandes, y en el uno de ellos había una zahurda donde encerraban los cebones á sus tiempos.

Allí lo metieron, y le mandaron que en ninguna manera saliese de aquel lugar ni asomase la cabeza, porque no acertase á verle algun indio que entrase en el corral, aunque el corral era excusado; que no habiendo ganado dentro, no tenían á qué entrar en él. Dijéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiese, y así lo hicieron; que comiendo y cenando á la mesa del cuñado, cada uno de ellos disimuladamente metía en las faltriqueras todo el pan y carne y cualquiera otra cosa que buenamente podían, y despues de comer, fingiendo cada uno de por sí que iba á la provision natural, se ponía á la puerta de la zahurda, y proveía al pobre de Aguirre; y así lo tuvieron cuarenta dias naturales.

El Corregidor, luégo que supo la muerte del licenciado Esquivel, mandó repicar las campanas, y poner indios cañaris por guardas á las puertas de los conventos, y centinelas alrededor de toda la ciudad; y mandó pregonar que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya. Entró en los conventos y católos todos, que no le faltó sino derribarlos. Así estuvo la ciudad en esta vela y cuidado más de treinta dias, sin que hubiese nueva alguna de Aguirre, como si se le hubiera tragado la tierra. Al cabo de este tiempo aflojaron las diligencias y quitaron las centinelas, pero no los guardas de los caminos reales, que todavía se guardaban con rigor.

Pasados cuarenta dias del hecho, les pareció á aquellos caballeros (que el uno de ellos se decía fulano de Santillan, y el otro fulano Castaño, caballeros muy nobles) que sería bien poner en un cobro á Aguirre, y librarse ellos del peligro que corrían de tenerle en su poder; porque el juez era rigoroso, y temian no les sucediese alguna desgracia. Acordaron sacarle fuera de la ciudad en público y no á escondidas, y que saliese en hábito de negro; para lo cual le raparon el cabello y la barba, y le lavaron la cabeza, el rostro, el pescuezo, las manos, y brazos hasta los codos con agua, en la cual habían echado una fruta silvestre, que ni es de comer ni de otro provecho alguno: los indios le llaman *vitoc*; es de color, forma y tamaño de una berengena de las grandes, la cual, partida en pedazos y echada en agua, y dejándola estar así tres ó cuatro dias, y lavándose despues con ella el rostro y las manos, y dejándola enjugar al aire, á tres ó cuatro veces que se laven pone la tez más negra

que de un etíope; y aunque después se laven con otra agua limpia, no se pierde ni quita el color negro hasta que han pasado diez días; y entonces se quita con el hollejo de la misma tez, dejando otro como el que antes estaba. Así pusieron al buen Aguirre, y lo vistieron como á negro del campo, con vestidos bajos y viles; y un día de aquellos, á mediodía, salieron con él por las calles y plazas hasta el cerro que llaman Carmenca. El negro Aguirre iba á pié delante de sus amos; llevaba un arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevaba otro en el arzon, y el otro llevaba en la mano un halconcillo de los de aquella tierra, fingiendo que iban á caza.

Así llegaron á lo último del pueblo donde estaban las guardias, las cuales les preguntaron si llevaban licencia del Corregidor para salir de la ciudad. El que llevaba el halcon, como enfadado de su propio descuido, dijo al hermano:—Vuesa merced me espere aquí ó se vaya poco á poco, que yo vuelvo por la licencia y le alcanzaré muy aína. Diciendo esto, volvió á la ciudad y no curó de la licencia. El hermano se fué con su negro á toda buena diligencia hasta salir de la jurisdicción del Cuzco, que por aquella parte son más de cuarenta leguas de camino, y habiéndole comprado un rocín y dándole una poca de plata, le dijo:—Hermano, ya estais en tierra libre que podeis iros dónde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos.—Diciendo esto, se volvió al Cuzco, y Aguirre llegó á Huamanga, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico de los principales vecinos de aquella ciudad, el cual lo recibió como á propio hijo, y le dijo y hizo mil regalos y caricias; y después de muchos días lo envió bien proveído de lo necesario. No ponemos aquí su nombre por haber recibido en su casa y hecho mucho bien á un delincuente contra la justicia real.

Así escapó Aguirre; que fué una cosa de las maravillosas que en aquel tiempo acaecieron en el Perú, así por el rigor del juez y las muchas diligencias que hizo, como porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho, parece que le fueron ántes favorables que dañosas; porque si entrara en algun convento, en ninguna manera escapara segun las diligencias que en todos ellos se hicieron, aunque entonces no había más de tres, que era el de Nuestra Señora de las Mercedes, y del seráfico San Francisco, y del divino Santo Domingo. El Corregidor quedó como corrido y afrentado de que no le hubiesen aprovechado sus muchas diligencias para castigar á Aguirre, como lo deseaba. Los soldados bravos y facinerosos decían, que si hubiera muchos Aguirres por el mundo tan deseosos de vengar sus afrentas, los pesquisidores no fueran tan libres é insolentes.»

Después de la liberación de aquel obstinado y sa-

ñudo Aguirre, que evidentemente demostró su terquedad persiguiendo al licenciado Esquivel durante cuatro años y hasta que en él consumó su venganza, preséntase en escena el Aguirre que, con el nombre de Lope, se concierta con los asesinos del Corregidor de Chuquisaca, Pedro Alfonso de Hinojosa, y se acoge luego al indulto que los Oidores concedieron para debilitar el bando capitaneado por Hernández Giron. Al propio Lope se le encuentra seguidamente en el Cuzco concertando nuevos motines con un soldado, que para escapar de la horca huye de la cárcel y se alista en la jornada del Amazonas con aquel Aguirre, cuya vertiginosa actividad en bullir siempre á espaldas de la ley, propia sólo de los que, por expulsos, se declaran irreconciliables enemigos de la sociedad, y cuyo parecido retrato al del otro Aguirre criminal, hace abrigar la opinión de que por único protagonista de los tristes hechos deba tenerse al tan famoso por sus crímenes Lope de Aguirre.

## II.

El capitán navarro Pedro de Ursua, víctima que vino á ser de las maquinaciones de este inquieto Aguirre, pasó al Perú desde Santa Fe y el Nuevo Reino de Granada, después de haber poblado á Pamplona y Tudela y prestado otros importantes servicios en aquel reino. Presentóse en Lima al virey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien, deseoso de echar de sus dominios la gente levantisca que de continuo los tenía alborotados, fácilmente le concedió la jornada del Marañón, á que Ursua se prestaba, y el descubrimiento de aquella fantástica tierra de El Dorado que tantas riquezas contenía, segun las noticias que ciertos indios brasiles habían llevado al Perú.

Concertada la expedición, hechos los preparativos que el caso exigía, y reunidos los expedicionarios, partieron del pueblo de los Motilones, á primeros de Julio de 1560, y navegando por el río del mismo nombre y por los de Cocama y Bracamoros, llegó la armada al Guanuco. Pasado éste y ántes de entrar en la parte de río llamada de Francisco Orellana ó de la Canela, Ursua, que hasta entonces no había creído conveniente que hubiese en la expedición otro jefe que con él compartiese el mando, nombró por teniente general á D. Juan de Vargas, y por alférez á D. Fernando de Guzman.

Cumplida esta formalidad, tan comun en aquellas conquistas como funesta solía resultar por las frecuentes desavenencias entre los caudillos y sus tenientes, dispuso Ursua que se reconocieran las márgenes de los ríos para enriquecer los descubrimientos de aquellas partes, que al llegar á la provincia de Carari aumentó con el de una sedición entre ciertos soldados que, aburridos de ir con la corrien-

te, intentaban apoderarse de la armada y regresar al Perú. Duros castigos fueron necesarios y gran severidad tuvo aún que emplearse para contener á los sediciosos que, librándose de la pena por haberse descubierto ménos, convenia reducir por intimidacion.

Y en verdad que las penalidades de la jornada mucho se prestaban al disgusto de los soldados. Trataba Ursua de aplacarlos, asegurándoles, con el testimonio de los indios que como guías prácticos llevaba, que ya no debían de estar léjos de la soñada tierra de los Omeguas, en cuya demanda iban; mas como los días pasaban y las ricas provincias no se veían, y nada agradable se les ofreciera despues de haber recorrido más de setecientas leguas, el descontento en los expedicionarios crecía, contribuyendo, y no poco, á aumentarlo el veneno que entre ellos derramaban los turbulentos Lope de Aguirre, Salduendo y otros de sus camaradas. Corriase por éstos que el gobernador Ursua, si había juntado la gente y emprendido la jornada, era para alzarse con la tierra; y pretendían dar color á estas invenciones haciendo fijar las miradas de todos en la vida íntima de D. Pedro, quien durante las largas horas de obligada inaccion, hechizado por las gracias de la bella doña Inés que con él iba, más parecía cuidarse de sus amores que de aquello que á los soldados convenia.

Favorecidos por las circunstancias estos sediciosos rumores, engrosaron bien pronto las filas de los descontentos, que codiciosos unos del mando que ejercía Ursua, y envidiosos otros de la felicidad que le suponían al verle acompañado por tan hermosa dama, requerida de muchos y de algunos obsequiada, estrecharon los compromisos y acrecieron el número de la gente conjurada. Comunicóse entre esta el propósito de desandar lo andado y regresar al Perú, y como esto sería imposible conseguirlo de Ursua, resolvieron asesinarle. Concertado el motin por Aguirre y Salduendo, buscaron quien asumiese la responsabilidad de los acontecimientos; y logrando comprometer en sus criminales planes al alférez real D. Fernando de Guzman, que era tenido por de noble sangre, á él ofrecieron elevarle al puesto de caudillo en lugar de Ursua. Acordado así, esperaron los conjurados la ocasion propicia para ejecutar el crimen; y aprovechándola en las primeras horas de la noche del 1.º de Enero de 1561, en que celebrando la festividad del día se hallaba el general descansando en el bohío del pueblo indio donde la expedicion arranchaba, penetraron en él y sorprendiéndole tendido en su hamaca, le asesinaron cobardemente á los gritos de «¡Libertad, libertad! ¡Viva el Rey! ¡Muerto es el tirano!»

Consumada la rebelion; asesinado tambien el teniente D. Juan de Vargas, y enterrado el cadáver de

Ursua cual correspondía á su gerarquía, para que en ningun tiempo se les acusase por omision de estas formalidades, tomó el cargo y fué reconocido por general D. Fernando de Guzman, quien premió desde luégo á Lope de Aguirre, nombrándole su maestre de campo, y convocó á los más principales para que, reunidos en junta, tratasen de los sucesos y decidiesen el mejor modo de hacer una informacion de lo ocurrido, á fin de que el Rey, al verla, pesando la necesidad y los trabajos en la expedicion pasados, les perdonase las muertes en premio de sus servicios.

Los oficiales que á la junta asistieron, aceptaron por bueno lo que Guzman les propuso; pero el vizcaino Lope de Aguirre, que desde los primeros pasos de la jornada tenía el intento de volver al Perú y no ocuparse de descubrir tierras, dió muestras con su silencio de no conformarse. Sin añadir nada más el resto de los pareceres se deshizo la junta, saliendo de ella D. Fernando determinado, con algunos amigos suyos, á que se hiciese la informacion contra Pedro de Ursua por el interrogatorio que había propuesto.

Hízose ésta como se determinó; pero para que llevase más fuerza dispuso Guzman que todos los expedicionarios la firmasen, pues que para resguardo de todos era; y llegando á poner esto en efecto, estando reunidos para ello, y habiendo ya firmado el general, le tocó el turno de órden al maestre de campo Lope de Aguirre, el cual, quitando del todo la máscara á la intencion que tenía, firmó: «*Lope de Aguirre, traidor*» (1). Comenzóse luégo á murmurar la firma por todos, en especial por aquellos que no tenían las intenciones tan corrompidas y dañadas, que decían ser cosa afrentosa á la persona y cargo que tenía firmar de aquella manera. Pero viniendo á entender esto el Lope de Aguirre, como hombre descarado y que no estimaba en mucho le tuviesen por lo que se había nombrado en la firma, ó por ventura queriendo dar satisfaccion, habló delante de todos, diciendo:

«Caballeros, ¿qué locura y necedad es esta en que algunos de nosotros hemos dado, que cierto parece más de pasatiempo y risa que de importancia y accion de hombres cuerdos lo que vuestras mercedes hacen, fiando su crédito de esta informacion? Porque, habiendo muerto á un gobernador del Rey que representaba su propia persona y traía todos sus poderes plenos, pretender que con papeles é informaciones hechas por nosotros mismos nos hemos de librar de culpa, como si el Rey y sus jueces no entendiesen cómo se hacen las tales informaciones, es locura. Bien sabe cualquiera que si á los que en ellas declaran se les preguntasen otras

(1) Obra citada de Fr. Pedro Simon, pág. 436.

cosas más árduas y contra sí mismo, las dirían, ¿cuánto más habiéndolas dicho cada uno en su favor? Todos matamos al gobernador, y todos nos hemós holgado de ello; y si nó, meta cada uno la mano en su pecho y diga lo que siente. Todos hemos sido traidores y todos nos hemos hallado en este motín; y dado caso que la tierra (en cuya demanda vamos) se busque, se halle y se pueble, y sea diez veces más rica que el Perú y más poblada que la Nueva España, y que de ella sola hubiese de tener el Rey más provecho que de todo el resto de las Indias, el primer bachiller y letradillo que á ella venga con poderes de Su Majestad á tomar residencia y cuenta de lo hecho, nos ha de cortar á todos las cabezas; con que nuestros trabajos y servicios habrán sido en vano, y de ningun fruto para nosotros y nuestros sucesores. Mi parecer es (y lo tengo por más acertado que todo lo que piensan vuestras mercedes), que dejando esos intentos de buscar la tierra, pues si la descubrimos y poblamos nos han de quitar las vidas, con tiempo nos anticipemos y las vendamos bien en buena tierra; la cual conocen bien vuestras mercedes, que es el Perú. En ella tenemos todos amigos, que en sabiendo vamos allá (de la suerte que hemos de ir), nos saldrán á recibir con los mismos intentos y brazos abiertos, y nos ayudarán hasta poner las vidas en nuestra defensa. Esto es (vuelvo á decir) lo que á todos conviene, y por eso firmé de aquella manera.»

Este disolvente razonamiento, que mostraba en toda su deformidad la falta cometida, lanzó en la desesperacion á cuantos de buena fe ú ofuscados habían servido de instrumento en la muerte de Ursua, que desesperanzados de poder conseguir real perdón, se inclinaron á la parte de Aguirre, creyendo ya inútil toda obediencia á la autoridad usurpada. Desde entónces fomentaron las disidencias, acrecieron los conflictos, á que tanto excita la atmósfera del crimen, y las venganzas menudearon y la sangre corrió todos los días. Cinco despues del asesinato de Ursua, prosiguió la armada rio abajo y se vió ya D. Fernando precisado á quitarle á Aguirre el cargo de maestro de campo; y no muchos más habían pasado cuando el vizcaino se venga de Guzman, asesinándole, y se proclama jefe de aquellas gentes, que con episodios propios de una cuadrilla de bandidos, cual fué el de la muerte de doña Inés, recorrieron lo que faltaba hasta la desembocadura del Amazonas en el Océano Atlántico.

Ya en la mar, aquella que Aguirre había bautizado con el nombre de *nacion marañona*, así por haber recorrido el rio Marañon «como por las marañas de que aquel vizcaino se había valido para realizar sus deseos (1),» dirigió su derrotero al

Norte, y una tempestad les arrojó á la ensenada de Paraguacha, en el lugar que todavía hoy se llama *Puerto del Traidor*.

Crímenes increíbles cometió la desalmada gente en la pequeña antilla de la Margarita, y no ménos horribles en el puerto de Borburata, que saquea y devasta; y esparciendo rápido el terror por toda la costa de Cumaná, el Collado y Venezuela, alarmados se preparan sus habitantes para resistir y atacar al tirano. Muchos de los expedicionarios desmayan, abrumados por aquella vida infernal, al dirigirse hácia las orillas del lago de Tacarigua; pero aún llegan á Valencia, donde los atropellos salvajes se repiten en espantosa serie. Marchan desde allí, por el camino de los Girajaras, los mayores malvados de Aguirre, pues los cansados ó arrepentidos ó cobardes ante el castigo, empiezan á abandonarle; y sufriendo continuas deserciones llega por fin á la ciudad de Barquisimeto, donde con aparato de victorioso entra y saquea. Pero la treta de que los vecinos se habían valido al huir, regándolo todo con cédulas de perdon para los que abandonasen al tirano, logran su efecto; y desampáranle todos ménos uno que, juntamente con la hija de Aguirre y una amiga que con ella había compartido todos los suplicios de aquella expedicion, le mostró hasta lo postrero la sinceridad de su afecto.

Cércanle entónces las tropas españolas, mandadas por Diego García de Paredes; y viendo ya cierto el fin de su tiranía, idea junto á la muerte el mayor de los crímenes de su odiosa vida. Dirigese decidido con el arcabuz en la mano al aposento de su querida hija; excítala á morir, porque sobreviviéndole no quedase infamada como hija del traidor, y al implorar la hija é interponerse la amiga y quitarle el arcabuz, empuña Aguirre la daga de su cinto y la hunde muchas veces en el corazon del único sér que amaba. En seguida entran con los soldados de Paredes otros *marañones* en el dormitorio y le intiman la rendicion: no quiere rendirse á *tan grandes bellacos*, que así les llamaba, sino al general en persona; y temiendo, aquellos que tanto le conocían, algun nuevo crimen, disparan sobre él los arcabuces y le dejan muerto; cortándole uno de los *marañones* la cabeza, que presenta á García de Paredes y se fija en público para escarmiento de traidores.

Así acabó aquel que tanto lo fué á España y cruel azote de sus hijos en América.

DON FELIPE MANRIQUE.

Las acusaciones lanzadas contra el Corregidor Manrique por su decidida aficion á las vascongados, con daño de la mayoría de sus administrados, no eran injustas ni gratuitas, segun lo demostraron varios hechos. En Julio de 1623, por ejemplo, ma-

(1) EL ELEMENTO VASCO EN LA HISTORIA DE VENEZUELA, obra citada.

taron aquellos en el ingenio de Oyanume, y hasta le hicieron pedazos, á un natural de Potosí llamado Pedro Valdés, que no figuraba entre los de su bando. La mujer y parientes del muerto acudieron ante el Corregidor en demanda de justicia contra el mayordomo del ingenio y sus demas consortes en el crimen, probando debidamente que Valdés no pertenecía á ninguno de los partidos en que la poblacion se hallaba dividida, y que debía, por tanto, castigarse la muerte como delito comun. Manrique prendió á los matadores, para evitar el escándalo que el desatender la demanda hubiera producido; pero á los dos días les echó á la calle, y en su lugar puso en prisiones á algunos criollos, sólo por serlo, ó por simpatizar con los castellanos vicuñas, de quienes decia con frecuencia que no había de contentarse «hasta estirar los cuellos de los más estirados y tronchar las cabezas más enhiestas.»

Con esto parece que basta para probar la parcialidad, impropia de un gobernante, de que D. Felipe Manrique hacía alarde.

#### ANTIGÜEDAD VASCONGADA.

Las no escasas fábulas, entremezcladas con las más remotas noticias, aún no desmentidas, de la historia de los vascongados han dado origen á la especie de ser la antigüedad de éstos muchísimo mayor de la que racionalmente puede concedérseles. En satisfaccion de esta vanidad se ha inventado aquella conocida anécdota del Montmorency, que decia á un vasco: «Debeis saber que nosotros datamos de mil años atras.» A cuyo arranque respondió con este, no ménos presuntuoso, el eúskaro: «Nosotros no datamos.»

Z.\*\*\*

## CAVANILLES.

Vámos á consignar un tributo de justicia al nombre de un español que supo honrar á su patria de una manera suficiente á fijar la atencion de los sabios de todas las naciones. Su nombre puede colocarse al lado de los más eminentes naturalistas del mundo, por cuya razon figura dignamente en la coleccion de hombres célebres que bosquejamos.

D. Antonio José Cavanilles nació el año 1745 en el jardin de España, la hermosísima ciudad perfumada con las brisas del Turia, y cuya frondosa vegetacion hacen de Valencia una de las ciudades que merecen citarse como perfectos tipos de natural belleza. Sus primeros estudios fueron muy ajenos á la ciencia de las plantas, pues se consagraron á la ciencia teológica y á la filosofía; pero las contro-

versias metafísicas y el conocimiento de la literatura clásica, si bien le eran muy gratos, no llenaban por completo todas las aspiraciones de su espíritu, ávido de cernerse en las regiones de las ciencias naturales. Sacerdote virtuosísimo, y por lo tanto de las más ortodoxas creencias, no vió peligro alguno en dedicarse de lleno al estudio de los autores de botánica y demas ciencias naturales que á la sazón se conocían en el mundo literario.

En efecto, ¿qué medio más verdadero de admirar el Sabio Autor de todo lo creado, que contemplando sus obras? En la corola de una flor, el ala pintada de un insecto, en el árbol corpulento que nos libra en el bosque de los ardores del sol, en la plateada cinta del arroyo y en el profundo Océano, encontramos motivos de respeto y veneracion profunda hácia el Artífice de tanta maravilla. Por eso no creyó incompatibles Cavanilles sus hábitos sacerdotales con las ideas propias del naturalista, que no es, como algunos erróneamente le suponen, ciego adorador del materialismo grosero, ántes por el contrario, contribuye á demostrar la exactitud de las creencias religiosas.

Dirigió su voz á la juventud estudiosa en un colegio de Murcia, siendo profesor de Filosofía, y el acierto con que desempeñaba su cátedra hizo que la fama pública le considerase de un modo extraordinariamente ventajoso, y que uno de los primeros títulos de España le encomendase la educacion de sus hijos. Con este motivo hizo un viaje á la capital de Francia el año 1777, y cuatro años despues empezó de un modo algun tanto ordenado sus estudios de ciencias naturales, oyendo con avidez sumas las lecciones de botánica que brotaban de los elocuentes labios de Antonio Lorenzo de Jussieu, en términos que comenzó á darse á conocer, y muy en breve adquirió en Paris reputacion de distinguido botánico, cuya opinion supo dignamente justificar y acrecentar más y más de día en día.

Los escritos de Cavanilles fueron bien pronto los que se encargaron de dilatar los horizontes de su gloriosa reputacion científica, inaugurando su pluma con un opúsculo ligero, que tiene entre otros títulos á la pública consideracion, el haberle servido de móvil para darle á luz un arranque del generoso amor patrio. Titúlase *Observaciones sobre el artículo España*, de la nueva Enciclopedia, y hace calurosísima defensa de los españoles, tan injustamente tratados por los autores extranjeros, que desconocen por completo lo que nuestro país vale y suelen negar á muchos de nuestros grandes hombres el importante papel que les ha reservado la historia. Podrá en España, ciertamente, no existir generalizado el amor entusiasta al trabajo asiduo que hay, á no dudarlo, en otras naciones, pero eso no debe servir en modo alguno para en absoluto

afirmar que nuestro país haya sido totalmente estéril en el concepto científico. Ciertamente, los hombres de ciencia en España no han rayado á la altura de los grandes poetas é inspiradísimos pintores, verdaderas fuentes de inagotable belleza y de sin igual encanto, pero tampoco se halla su nivel tan bajo que merezca el profundo desdén con que se les juzga.

Las *Disertaciones de la clase monadelphia* fué la obra que inmediatamente despues de los referidos artículos publicó Cavanilles en París en 1785, en donde existe la particularidad que la mayoría de las 300 láminas de que consta están dibujadas por el autor. Las descripciones que hace de las plantas tienen la exactitud y extension que puede exigirse en una monografía. Por eso esta obra se consulta siempre con fruto, á pesar de los muchos años trascurridos desde su publicacion. Tuvo, sin embargo, esta obra grandes impugnadores; en el extranjero L'Heritier y Médicus, y en nuestro país Gomez Ortega y Ruiz la dirigieron rudos ataques que quedaron perfectamente desvanecidos ante las contestaciones enérgicas de Cavanilles. El año 1796 publicó en Madrid un libro que titula *Coleccion de papeles sobre controversias botánicas*, donde consigna los cargos que se le dirigieron y las contestaciones que dió, con lo cual demostró sinceridad y buena fe, cuyas cualidades le enaltecen tanto como su profundísima ciencia.

La obra de Cavanilles, que lleva por título *Observaciones sobre la Historia natural, geografía, agricultura, poblacion y frutos del reino de Valencia*, es muy digna de figurar en una biblioteca botánica, y responde perfectamente al objeto de su interesante título. Los nombres de las plantas están expresados en castellano, en valenciano y en frances, y pueden con ventaja consultarse cuantas dudas ocurran acerca del particular. Pero la obra más conocida de Cavanilles es la denominada *Icones et descriptiones plantarum*, que tambien publicó en Madrid, y en cuya publicacion tardó diez años. Allí están primorosamente dibujadas multitud de plantas, en lejanas regiones recogidas juntamente con otras de la Península, con la particularidad de que muchos de los dibujos de la obra son debidos al talento artístico del mismo Cavanilles, el cual poseía tambien la destreza del dibujante, pudiendo así trasladar con más fidelidad sus impresiones al papel, sin valerse de extrañas manos.

El año 1801 fué nombrado Cavanilles catedrático y director del Jardin Botánico de Madrid, á cuyo elevado puesto científico llegó por su incansable laboriosidad é indisputable mérito, si bien, por desgracia para la ciencia, estuvo muy poco tiempo desempeñando este cargo. Por entónces dejaron el profesorado algunos dignos botánicos, pero que no

llegaban en entusiasmo al nuevo Director, desde cuyo nombramiento comenzó nueva era de prosperidad para el Jardin Botánico de Madrid. Así es que no defraudó las esperanzas de sus muchos admiradores, que ansiaban verle colocado en una posicion oficial digna de su categoria y de su mérito. Sensible es que mediaran contestaciones graves entre Gomez Ortega y Cavanilles; pues siendo los dos personas de mérito reconocido, no quisiéramos ofender la memoria de ninguno.

Cavanilles aumentó el herbario del Jardin Botánico hasta llegar á poseer doce mil especies, construyó una nueva estufa y mejoró la enseñanza de un modo notable, en cuyos trabajos le auxilió no poco su predilecto discípulo Lagasca y su ayudante Rodriguez. Existen catálogos manuscritos de las siembras generales que dirigió Cavanilles durante los años 1802, 1803 y 1804, los cuales dan á conocer su incansable laboriosidad y el singular celo con que desempeñaba su cargo (1).

Uno de los trabajos teóricos de Cavanilles que por su especial índole se conservan más indeleblemente grabados, ha sido la modificacion introducida en la clasificacion de las plantas que dió Linneo, ó sea en el sistema sexual. Trató de simplificarle, y redujo á quince las veinticuatro clases del sistema linneano. Despues dividió las clases en órdenes, como lo había verificado Linneo, pero en los órdenes estableció secciones que tenían su fundamento en la libertad del germen, adherencia del mismo, desnudez de la flor, etc. El objeto que se propuso con estas modificaciones, fué facilitar á los alumnos, noveles en el estudio de la botánica, los medios de llegar á la determinacion de las plantas. Cavanilles explicaba esta clasificacion en su cátedra, y la experiencia le enseñó los buenos resultados que le produjo.

Se conocen además como trabajos de Cavanilles: los *Materiales para la historia de la botánica*, publicados en los Anales de historia natural en Junio de 1800, dos discursos leídos en el Jardin Botánico de Madrid en los años 1802 y 1803, el primero de los cuales trataba de los sexos y fecundacion de las plantas, y en el segundo de las reformas introducidas al sistema de Linneo. Uno de los últimos trabajos de Cavanilles es un discurso sobre algunos botánicos españoles del siglo XVI, que constituye un interesante folleto de 42 páginas.

Además escribió algunas obras, aunque en corto número, de lógica y geografía, que señalan los primeros pasos en su carrera, ajena á los estudios botánicos.

(1) Véase la *Historia del Jardin Botánico de Madrid* (1875) escrita por D. Miguel Colmeiro. La consulta de las obras de este distinguido profesor, con cuya amistad me honro, me ha sido de gran utilidad en la redaccion de este artículo

Hemos dicho que Cavanilles estuvo muy poco tiempo al frente del Jardín Botánico, pues murió en el año 1804; pero bastó, sin embargo, para dejar grato é inolvidable recuerdo en el establecimiento. Su estatua se halla colocada al lado de las de Quer, de Clemente y de Lagasca, y España registrará en sus anales con la memoria de Cavanilles, el recuerdo de una de sus celebridades, muy digna de figurar entre las más renombradas de la culta Europa.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

## UN PASEO POR MARRUECOS.

### IV.

Larache 22 de Julio de 1875.

Ya me tiene usted, querido amigo, instalado á orillas del Lucos, en esta ciudad que por su pintoresca situación y amenos campos llaman los indígenas el *jardin*.

Los preparativos que en mi carta anterior anuncié, fueron cortos, y, sin embargo, me ocuparon mucho tiempo, porque aun cuando aquí la sangre hierve en las venas y todos gritan y todos corren, la cosa más pequeña es un asunto árduo.

Manda usted un moro á un recado encargándole la mayor diligencia, y en efecto sale de casa corriendo, pero al volver la esquina se mete en un café ó se va al baño, y ya no se le ve el pelo hasta la noche.

Actividad no les falta, pero tienen la imaginación sobrado ligera, y ninguno se acuerda de lo que prometió, hasta el extremo de que el asistir puntualmente á una cita es una excentricidad que ningun hombre decente se permite.

Reprendiendo un día á una persona de posición por su falta de formalidad, me contestó:

—El caso es que si cumpliéramos nuestra palabra, nos pareceríamos demasiado á los cristianos.

Lo que digo no es nada nuevo, y la verdad es que para esto no necesitaba haber pasado el Estrecho, pues para falta de formalidad y poca exactitud, los españoles nos pintamos solos; por lo cual colijo que si adolecemos del mismo defecto, debe ser heredado de esta gente y fruto de la semilla que ellos dejaron durante los siete siglos que estuvieron en la Península.

No quiero cansar á usted con la relación de lo que tuve que trabajar para ponerme en marcha; baste decir que al cabo de cinco días de trágica era dueño de un regular jaco tordo que me costó 75 du-

ros, de una mula por la cual pagué 30, completándolo todo con una tienda de campaña, un catre, viveres y algunos, aunque pocos, utensilios de cocina.

La expedición, además de mi persona, se compone de un morito que tomé para que me sirviera de cocinero, ayuda de cámara y escudero, y un *Mahacen* (soldado de gobierno), que mediante un napoleon diario me ha de escoltar durante el viaje.

Sobre su blanco jaique, viste un albornoz (*sulham*) de paño azul, y como distintivo lleva un gorro rojo puntiagudo, bastante parecido en su forma y color á un pimiento riojano. Por debajo del gorro salen dos largos y rizados mechones, único pelo que crece en su afeitada cabeza, sirviendo de cuadro á un rostro seco, aguileño, tostado, pero de expresión varonil y bonachona.

Mi escudero, que tendrá unos veinte años, se llama Hamet, y por su facha y costumbres que le voy descubriendo, es un perfecto granuja y además un *esprit fort*, haciendo muy poco caso de los santos preceptos del Koran en lo que se refiere á comer y beber.

Con este equipaje y compañía salí hace dos días de Tánger, al tiempo que el sol se asomaba por las nevadas cimas de Sierra-Bullones, iluminando con sus dorados rayos las frescas cercas y pintorescas casas de campo que rodean á la ciudad.

Pronto atravesamos el siempre fresco y perfumado laberinto de jardines donde los europeos pasan el verano, y dejando á la derecha el cabo Espartel, entramos en una hermosa llanura cubierta de palmeras enanas.

Cerrábanla por Oriente y Sur algunas ramificaciones del Atlas que venían á morir en el Océano, como si quisieran defenderla con sus enormes y robustos brazos de los ataques del mar, cuyas olas, siempre fieras y tenaces, sin cesar combatiendo la costa, la deshacen grano á grano, partícula á partícula, convirtiendo las más recias piedras en menuda arena.

Poco después alcanzamos aquellas colinas que nos cerraban el paso, trepamos por ellas, cruzamos varios arroyos, y á la opuesta orilla del poco caudaloso *Hamharhar*, echamos pié á tierra, abrigados de los ardientes rayos del sol, que ya picaba más de lo que deseábamos, por la umbría selva de Arklav.

Escogido un sitio á propósito, descargóse la mula, salieron á luz las provisiones que nos habían de servir de almuerzo, y sobre un tapete que en el suelo se extendió empezamos á comer y charlar, mientras que los caballos, libres de los frenos, pastaban con la mula la fresca yerba que en abundancia crecía á orillas del río.

Terminado el almuerzo, mi soldado empezó á examinar mis armas (una escopeta de dos cañones

\* Véanse los números 125 y 124, págs. 27 y 48.

y un revólver), cuyo mecanismo le tuve que explicar, y luego quise á mi vez, por pura cortesía, ver la espingarda de mi guardian, que desde por la mañana llevaba cuidadosamente envuelta en una funda de paño grana.

Era una hermosa pieza de la forma y tamaño de las que usted conoce, pero ganaba mucho con estar encerrada en su elegante funda, porque el cañon era un puro óxido de hierro, y la llave, además de carecer de piedra, no estaba muy corriente.

Me parece verlo á usted reir, exclamando:

—¡Vaya una escolta que lleva Alvarez!

Y en verdad, si se tratara de andar á balazos, no podría contar mucho con ella, y creo que sería mi soldado el primero en volver grupas y apretar contra los hijares de su bayo los agudos ángulos de los estribos; pero sobre que no creo encontrar tropiezos, la fuerza del *Mahacen* consiste toda en el piramidal gorro, emblema de su poder.

Como en este país no se conoce la guardia civil, el Gobierno ha ideado el siguiente medio para guardar los caminos.

Cada kábila, por donde cruza una vía de comunicacion, debe cuidar de su seguridad, y es responsable de los robos que se cometan en ella, para lo cual establece sobre los caminos que están á su cargo unos retenes llamados *ensalas*, que sustituyen á nuestros puestos de la guardia civil; y como es justo que los viandantes paguen á sus guardianes, las *ensalas* cobran una onza del país, ó sean tres cuartos próximamente por cada bestia.

El *Mahacen*, ó soldado de rey, como generalmente se llama, no es más que una papeleta viva que indica á las *ensalas* que la persona que acompaña está bajo la proteccion del gobierno, y que por lo tanto no debe pagar el módico derecho que dejo apuntado.

Si sucede un robo ó cualquier desgraciado encuentro á un europeo que viaje con su correspondiente soldado de rey, el gobierno marroquí lo indemniza en lo posible, haciendo pesar los gastos y castigos sobre la kábila en cuyo territorio ha sido atropellado; y gracias á esta organizacion aseguro á usted que se viaja aquí con más seguridad que por los caminos de nuestra hermosa tierra.

Terminado el almuerzo, emprendimos la marcha, y despues de atravesar el bosque *Gava*, en árabe, que es bastante extenso, cruzamos un terreno fértil poco accidentado, pero en cambio más cultivado que los que ántes había visto, encontrando numerosos campamentos de moros dedicados á las faenas del campo.

Brindándonos con leche, gallinas, huevos é higos chumbos, nos salieron al paso muchas mujeres, cuya belleza de formas y blanco cutis llaman la atencion del viajero.

Generalmente son los moros altos, secos de carnes, morenos, pelo lacio y barba escasa; hablo de los del campo, pues en las ciudades parece haber individuos de otra raza, cuyos signos característicos se asemejan más á la nuestra, pero todos generalmente tienen el cráneo un poco prolongado, lo cual denota en ellos un origen comun, conservado por herencia á través de los siglos y á pesar de las mezclas con diferentes razas.

Las mujeres á que me refiero tienen el cráneo más bien achatado que largo, y á través de su escaso traje pude observar formas llenas y redondas que contrastaban notablemente con las enjutas y angulosas de sus maridos.

Tambien me han hablado de la existencia en el interior del Imperio de algunas kábilas cuyos individuos son blancos y tienen los ojos azules; pero no he podido comprobar esta noticia, que despues de todo tal vez no tenga gran importancia bajo el punto de vista científico, pues á más de que pueden referirse á individualidades aisladas, sabido es que en una misma raza se presentan grandes anomalías que dependen de causas morbosas y constantes, transmitidas de generacion en generacion.

A eso de las dos, poco más ó menos, y bajo el peso de un sol cuyos exagerados ardores mitigaba algun tanto la brisa del mar, que fuera del alcance de mi vista, á la derecha del camino, dejaba oír sus poderosos rugidos, atravesé algunos rios y un pueblecito formado por unas cuantas chozas de cañas, que tiene por nombre *Arbia*, y cuyos habitantes todos hablan español; subimos á una colina cubierta de copudos robles, vadeamos dos rios que están casi juntos, y nos encontramos de pronto en una extensa y unida planicie, limitada al Sur por azuladas crestas y al Oeste por el verdoso Océano, de cuyas espumosas olas se alzaban los blancos muros de una ciudad.

Aquella llanura era la famosa de Alcazarkibir, y la blanca ciudad era Arcila, ejemplo de ciudades desgraciadas, pues sobre ella ha batido sin cesar sus negras alas el ángel de la muerte.

Fundada por los Bereberes con el nombre de Zilis, fué conquistada y poseida sucesivamente por Cartagineses, Romanos y Godos, sufriendo á cada cambio de dueño los horrores de una guerra cruel, hasta que á los 713 años de Jesucristo cayó definitivamente en poder de los Árabes, los cuales gozaron de su nueva conquista, si no en paz, al menos con bastante tranquilidad; pero Marte, que había escogido á Arcila por templo donde habían de celebrarse los más horrendos sacrificios, condujo allí á los Ingleses, que, á pesar de su decantada humanidad, dejan, por donde quiera sientan su planta, un reguero de sangre y ruinas.

Estos filántropos se apoderaron de la ciudad, y

no pudiendo sostenerse en ella, la arrasaron tan completamente, que los espantados habitantes no volvieron á ella hasta treinta años despues.

Reedificada por Abderhaman-Ben-Ali, Califa de Córdoba, apénas sus moradores empezaron á gozar de las delicias de la paz, sufrieron una terrible epidemia que los diezmo, dejando casi desiertos los campos, por lo cual años despues sufrieron gran hambre.

Muerto Abdul-Hach, último de los Benimerines, se alzaron por todas partes pretendientes al trono y gente ganosa de novedades, que con mil pretextos y sucesos varios encendieron y mantuvieron viva la guerra civil.

Figuraba entre estos Sidi-Wataz, gobernador de Arcila, que movido por ambicion ó por el noble deseo de vengar su rey, arrojando del trono á su asesino, reunió á su gente y marchó contra el *Sherif* usurpador, con tan mala suerte, que miéntras era derrotado en los campos de Mequinez, D. Alfonso de Portugal se apoderaba de Arcila, que sufrió un espantoso saqueo.

Léjos de amilanarse por estos reveses, persiste en su idea con ánimo fuerte, revolviendo contra los Portugueses con intento de recobrar la ciudad; y entónces en la extensa llanura que á la sazón atravesábamos se inauguró una serie de combates épicos; pero viendo que no podía tomarla por fuerza ni con la premura que él deseaba, dejó á los Portugueses, y corriendo sobre el *Sherif*, lo derrotó, apoderándose de Fez, donde se coronó, siendo el primer soberano de la dinastia de los Beni-Wataces.

A pesar de esto, no pudieron gozar los Portugueses de la nueva conquista sin verse á cada paso obligados á defender con las armas los muros y cercanías de la ciudad, que con estos continuos rebatos padecía mucho.

El combate más terrible que nuestros vecinos tuvieron que sostener fué el que se dió el 19 de Octubre de 1540.

Los moros, conducidos por el rey de Fez, sitiaron y asaltaron la ciudad con tanta furia, que rechazados los Portugueses de las murallas y no pudiendo sostenerse en las calles, se retiraron á la ciudadela, despues de haber defendido el terreno, sobre el cual quedó la tercera parte de los defensores, con heróico denuedo.

Herido en un brazo el Gobernador Conde de Barca, y reciamente combatidos en la ciudadela, estaban á punto de rendirse, cuando llegó un socorro que de Tánger trajo D. Juan Meneses, con lo cual, animados los Lusitanos, salieron de la ciudadela, empeñando en las calles un reñido combate, que les dió la victoria al tercer dia, gracias á la oportuna llegada del famoso Pedro Navarro, que con copia de gente y por órden del Rey Católico, arribó á Arcila

bastante á tiempo para inclinar la dudosa balanza á favor de los Portugueses.

El fruto de esta victoria, que tan cara costó á nuestros vecinos, fué un monton de humeantes ruinas, pues al verse derrotados los moros incendiaron la ciudad.

Diez años despues, y á consecuencia de la derrota sufrida por los Portugueses en la Marmora, fué sitiada de nuevo y socorrida por la armada que Segueira llévaba á la India, con tal oportunidad, que cuando llegó el socorro ya el enemigo había abierto brecha y se preparaba al asalto, lanzando materias combustibles, que ocasionaron un nuevo y desastroso incendio.

Despojado Mohamed el Negro por su tio el Moluc, ayudado por los Turcos, pasó á Portugal á solicitar del jóven é impetuoso D. Sebastian amparo y proteccion para recobrar su reino; y como D. Sebastian, irritado por la continua guerra que los moros hacían á sus presidios, creyera la ocasion á propósito para darles una leccion y aumentar su poder en estas tierras, prometió su ayuda al Negro, y con esta idea se embarcó en Lisboa y pasó á Africa, donde con gran esmero revistó sus fortalezas y las proveyó de lo necesario, concertando con su aliado el modo de empezar la campaña.

En vano D. Felipe II intentó disuadir al jóven y ardiente portugués haciéndole ver lo irrealizable de su empresa, pues D. Sebastian, ébrio de ambicion y de gloria, animado y auxiliado por el Papa, que con sus indulgencias y con el privilegio de la bula de la Santa Cruzada (concedida entónces por primera vez á Portugal) le proporcionó cuantiosos recursos, no veía más que el brillo que la proyectada expedicion había de dar á sus armas.

Viendo D. Felipe el poco caso que de sus consejos hacía, acudió á atajar el mal prohibiendo á sus súbditos marchasen á África; pero tampoco adelantó gran cosa, pues á pesar de la prohibicion los españoles corrían á alistarse, creyendo que á las primeras de cambio habían de ver dentro de sus mochilas los tesoros de Tafiote.

La fama de esta empresa atrajo á Lisboa muchos aventureros movidos por la codicia, muchos nobles sedientos de gloria y algunos pocos que querían combatir y aspiraban á morir por su fe.

Acudieron, entre otros, D. Alfonso Aguilar, capitaneando 2.000 Españoles; Tumberg, con 3.000 Alemanes, y un capitan Romano, que por órden del Papa llevaba á los Irlandeses, á la sazón en guerra con los Ingleses, un socorro de 6.000 Italianos, y que sin reparar en nada, con varios soldados y pertrechos se quedó con D. Sebastian, dejando á los Irlandeses que salieran de su contienda como pudieran.

Tal era la impaciencia de D. Sebastian, que se

trasladó á la galera capitana, permaneciendo en ella ocho días para animar á los trabajadores y activar los preparativos con su presencia y ejemplo.

Por fin, el 17 de Julio de 1574 se dió á la vela la escuadra expedicionaria, fuerte de sesenta navíos de alto bordo, siete galeras y multitud de trasportes y barcos menores que conducian lo necesario para armar, alojar y alimentar á los 15.000 hombres que componían el ejército.

Al poner el pié en tierra D. Sebastian, se le presentó Muley Mohamed con un corto número de jinetes, en vez del gran ejército que había prometido; pero esta circunstancia, léjos de disgustar al monarca Portugués, le agradó mucho, porque en ella fiaba la ejecucion de sus secretos designios.

Por aquel tiempo, llegó á Arcila como Embajador del Rey de España D. Francisco de Aldama, el cual, por órden de su soberano, trató de nuevo de disuadir al Rey del propósito que había formado, mostrándole claros los inconvenientes y riesgos de su temeraria empresa; pero encontrándolo sordo á las razones y á la evidencia ciega, le presentó en nombre de Felipe II la celada que tenía puesta el Emperador cuando entró victorioso en Túnez.

Recibió D. Sebastian el regalo con grandes muestras de alegría y como presagio de señalado triunfo, y despues de agasajar al mensajero y colmarlo de mercedes, puso á su disposicion una galera que lo condujese á España; pero D. Francisco de Aldama rehusó esta oferta diciendo que no era digno de un caballero Español dejar á un Rey amigo del suyo afrontar con un pequeño ejército tan gran número de enemigos, y que sólo despues del combate volvería á España á llevar la fausta nueva de la victoria, y que en caso contrario quería quedar con honra en el campo de batalla.

Holgóse el Rey con su respuesta, y como le anunciaron que venía sobre la ciudad un ejército de 40.000 caballos, 8.000 infantes y varias Kábilas, con ánimo esforzado salió á la llanura, donde durmió el 3 de Agosto de 1574.

Al otro día vinieron á las manos ambos ejércitos; y aún cuando los Portugueses lucharon con su proverbial bravura, agobiados por el número y quebrantados por la defeccion de los moros partidarios de Mohamed, que en lo mejor de la pelea se pasaron al enemigo, fueron deshechos, quedando la mayor parte tendidos en el campo, el resto cautivo y unos pocos, que lograron refugiarse en las naves, llevaron á Tánger la nueva de tan terrible desastre.

Entre los innumerables cadáveres que cubrían el suelo, encontraron los vencedores al valiente don Francisco Aldama; al obispo de Coimbra, D. Manuel Meneses; al de Oporto, Arias de Silva, y otros muchos principales caballeros cristianos y moros, con-

tándose entre éstos á Mohamed el Negro, que se ahogó en la huida; al Molne, que gravemente enfermo y llevado por los suyos en una litera, al ver el esfuerzo de los Portugueses, creyendo que se les escapaba la victoria, murió de rabia y fatiga, mientras que D. Sebastian, luchando como un simple soldado, cayó como bueno en lo más recio de la batalla.

El cuerpo de D. Sebastian tardó mucho en ser encontrado, y lo halló un escudero suyo llamado Resende, oculto bajo un monton de cadáveres y atravesado por siete heridas.

A consecuencia de esta derrota, que tantas lágrimas y sangre costó á la Peninsula Ibérica, quedó abandonada Arcila, que desde entónces sólo tuvo que sufrir las correrías de los Beduinos, que llevaban el pillaje y la desolacion hasta las mismas murallas.

Estas desgracias redujeron la floreciente colonia romana á un miserable lugar sin industria ni comercio, porque los Emperadores marroquíes cerraron el puerto, siendo tanta su intolerancia, que en 1838 negaron el permiso de hacer agua á un barco español que falto de ella arribó allí.

Por último, el 26 de Febrero de 1860 fué bombardeada por nuestra escuadra al mando del general Bustillos.

Dejando á la derecha las murallas de la poco afortunada ciudad, y tristemente preocupado con los recuerdos que sus arruinados torreones y la extensa llanura de Alcázar habían traído á mi memoria, seguí sin detenerme por el camino de Larache que se extendía por la playa.

Un monton de piedras que se interna en el mar nos obligó á dar un gran rodeo por cima de una colina, desde la cual bajamos otra vez á la playa por el lecho de un torrente seco á la sazón.

En este sitio está el sepulcro de un santón muy venerado en el país, y algo más allá la peña de los Palomos (hamamas), que presenta por el lado del mar un corte de 50 metros perpendicular y liso como la fachada de una casa.

Como la marea estaba baja, pasamos sin obstáculo; pues de otro modo hubiéramos tenido que dar un gran rodeo ó seguir una peligrosa senda trazada en la roca, y dos horas despues vimos á Larache inclinada sobre el Lucos y cubierta con un gran dosel de verde follaje.

Antes de llegar anduvimos media hora por las arenosas orillas del rio, cuyas aguas se han tragado por completo los restos de la famosa escuadra marroquí; y luégo, mediante una peseta, me llevaron en una lancha con caballerías y bagaje á la ciudad, donde me propongo descansar un par de días.

## V.

Larache 24 de Julio de 1875.

Aun cuando no lo parezca á primera vista, Larache tiene pretensiones de ser el puerto militar del Imperio, y su entrada está defendida por 22 cañones, repartidos en dos baterías, situadas sobre la punta en que está construida la ciudad; pero su principal defensa consiste en la barra, que no permite el paso sino á buques de pequeño calado, pues durante la baja mar, apénas si se encuentra un metro de agua.

Aun cuando está asentada en una fértil comarca por causa de su barra, cerrada como todas las del litoral marroquí, es un mercado secundario para la exportacion y la importacion, saliendo sólo algunos granos y lanas en cambio de los artículos de Europa que necesitan para su consumo.

Acuden á su puerto muchos barcos portugueses de la provincia del Algarve, y muchos españoles de Huelva, Ayamonte y Cádiz, que van á pescar en lo que ellos llaman *mar de Larache*, y hacen escala en este puerto para refrescar sus víveres, hacer aguada y dedicarse un poco al contrabando.

El que suelen hacer en este punto y en Tánger, aunque en corta escala, porque la índole del negocio no sufriría más, es en la moneda de cobre marroquí que cambian por plata é introducen luégo en España, donde, á despecho de la razon y de la autoridad, circulan los ochavos morunos.

Cada marinero cambia por ochavos dos ó tres duros, y con tan corto capital, realizan ganancias de consideracion, puesto que el tipo que hoy se encuentra el duro en el mercado vale en ochavos 1.296, y como en España tiene 340 ochavos, resulta que el que se dedica á este comercio, por un duro que cambia aquí recibe en España 3 duros, 16 reales y 2 cuartos.

Esta considerable ganancia y el ser preciso que el cambio se haga en pequeñas cantidades para no anegar el mercado son, á mi parecer, las razones que ha habido para que tan poco efecto produzcan las órdenes que respecto á ochavos morunos se han dictado.

Y ya que de monedas me ocupo, voy á dar á usted, aunque ligera, una idea de las que por este país circulan, y con eso me evitaré ulteriores explicaciones.

Parece que antiguamente habia monedas de oro de cuatro duros y aún más, pero éstas han desaparecido tan por completo, que sólo de fama, no de vista, las conozco, encontrándose en el mismo caso los duros de plata, de los cuales, sin embargo, he visto alguno.

Las monedas que hoy circulan son las siguientes:

		Reales.
<i>De oro</i> ....	El <i>bautquí</i> equivalente á.....	38
—	El medio <i>bautquí</i> .....	19
<i>De plata</i> ...	La onza, cuyo valor oficial es.	1,71
—	Las dos onzas.....	3,42
—	Las cuatro idem.....	6,84
<i>De cobre</i> ...	La pieza de un flus, valor oficial.....	0,02
—	Idem de dos.....	0,04
—	Idem de cuatro.....	0,08

La unidad monetaria usada en la contabilidad y en las transacciones mercantiles es el ducado (*mis-cal*), moneda imaginaria, y la relacion que más guardan con otras es la siguiente:

Fluses.	Mozunas.	Onzas.	Ducado.
6 hacen..	1	»	»
»	4	1	»
»	»	10	1

Además de estas monedas, que son las verdaderas del país, circulan casi todas las europeas, pero con determinados fines y valores convencionales.

Hubo un tiempo en que nuestra moneda fué muy apreciada, y quizás la única que corría en Marruecos; pero llegó á escasear tanto, que apénas si se veía un duro español, circulando por todas partes las piezas de cinco francos, ó napoleones como nosotros las llamamos, las cuales desde entónces quedaron dueñas del mercado sin que les hiciera daño la reaparicion de nuestros duros, que estiman lo mismo que los franceses, si bien corren por todo su valor como las libras esterlinas y las monedas portuguesas, cuando se trata de pagar derechos de aduana ó anclaje.

Hace unos veinticinco años, el napoleon francés valía 17 onzas del país; luego subió á 19, y cuando se estableció la Intervencion española en las aduanas del Imperio, se fijó el cambio en 32 onzas y media; tipo oficial que rige hoy en la aduana, y nada más, pues en la plaza tiene el duro una tendencia marcada al alza, llegando á valer, como sucede hoy, 54 onzas; es decir, 21 onza y media más que el tipo legal.

De cuando en cuando el Emperador se enfada, pregona de nuevo que el napoleon vale 32  $\frac{1}{2}$  onzas, corta algunas manos á los cambiantes, y el napoleon se sostiene en este valor hasta que la vigilancia de las autoridades cede, se olvida el castigo y de media en media onza empieza á subir de nuevo.

Esto sucedía ántes; pero ahora no sé si el Emperador se atreverá á castigar á sus súbditos por un delito que él mismo comete.

Es el caso que los administradores de la Aduana que estaban encargados de pagar las tropas y operarios que trabajan para el gobierno, como llevaban

sus cuentas por ducados y en ellos hacían los pagos, cuidaban de efectuarlos dando el napoleon al tipo que estuviera en la plaza y cargándosele al Gobierno á 32  $\frac{1}{2}$  onzas.

Los Gobernadores, que se morían de envidia al ver que ellos no participaban del botín, denunciaron el fraude, y entonces el Emperador dispuso que los administradores siguieran pagando conforme hacían ántes; es decir, según el cambio corriente en la plaza, pero que al mismo tipo le pusieran á él el napoleon.

Corren también las pesetas españolas, pero sólo para el gasto ordinario de las casas y en el comercio al menudeo, y aún así con exclusion de las gastadas, horadadas, isabelinas, y las acuñadas después de la revolución, que no tienen curso.

La población es bastante regular para lo que, en general, son los marroquíes; pero carece de animación, y si no tuviera el ameno campo que la rodea, sería insoportable.

Según he podido averiguar, debe su fundación á los Bereberes, que levantaron sus murallas á cuatro kilómetros al Nordeste de la actual ciudad.

Con el nombre de *Lieus* sufrió todas las vicisitudes que sus vecinas de Africa, y, como ella, pasó á poder de los árabes, á los que se la arrebataron los portugueses en 1504, recobrándola los moros diez años después.

Muerto el Moluc en la famosa batalla de Alcazar-Kibir, fué alzado por rey en el mismo campo Muley Hamet, que ajustadas las paces con los españoles, á la sazón ocupados en recoger la corona que había caído en los llanos de Arcila, llevó sus armas al Sur, llegando hasta Guinea, con lo cual su buen gobierno y sabia administración mereció que á su época se le diera el dictado de *edad de oro de Marruecos*.

Peró tan feliz reinado llevaba en sí el gérmen de la desgracia, y la misma bondad de Muley Hamet había de producir la ruina de su Imperio.

Muerto el 14 de Agosto de 1603 dividió su reino entre sus cinco hijos, por cuya causa se encendió la guerra civil en sus Estados, viniendo Muley Chekg á España á solicitar el apoyo que Felipe III le concedió en cambio de la fortaleza de Larache, cuyas fortificaciones se aumentaron y repararon, según reza una lápida que en las citadas murallas aún hoy se conserva.

Algunos años después, Muley Ismael, auxiliado por cinco fragatas francesas, sitió la plaza, y aunque tuvieron que retirarse, la penuria y decadencia en que había caído nuestra patria durante el reinado del débil Carlos II, obligó á sus defensores á rendirse al siguiente año, después de sufrir un apretado cerco de cinco meses sin recibir ningún socorro.

Desde entonces, y salvo una algarada que contra la ciudad hicieron los franceses en 1765, no regis-

tra la historia sucesos más notables que una desgraciada expedición austriaca en 1830 y el bombardeo que le hizo sufrir la escuadra española el 25 de Febrero de 1860.

Aquí hablan todos el español, y la gente es tan amable, que apenas llegué trabé relaciones con algunas de las principales familias indígenas.

Una de ellas, hebrea por cierto, me convidó á una fiesta que celebraba con motivo del casamiento de una hija, y como la ceremonia no deja de ser curiosa, voy á dar á usted una ligera idea de ella ántes de concluir esta carta:

El matrimonio entre los hebreos marroquíes, al par de ser una cosa muy seria, porque las ceremonias duran nada menos que ocho días, agradaría en extremo á nuestro apóstol del amor libre, la célebre Guillermina Rojas, por la facilidad con que se disuelven, quedando los ex-conyuges en disposición de contraer nuevos lazos.

Cuando un judío quiere casarse, encarga á dos de sus parientes ó amigos que arreglen el asunto, y cuando ya se han convenido en la cuestión metálica, que para ellos es la esencial, acude á la sinagoga con el padre de la novia, y cogiendo los dos la falda de la hopalanda del *sabio* (rabino), juran, el suegro dar su hija al pretendiente, y éste aceptarla por esposa.

Estos son los exponsales, y el que falte á su juramento paga una multa que de antemano se fija.

Pasado un año, con gran pompa y acompañamiento de músicos y bailarines, que danzan llevando sobre la cabeza una bandeja llena de tazas, los deudos de la novia la llevan lujosamente vestida al baño público y la sumergen en el agua mientras rezan una corta oración, dando á esta ceremonia una gran importancia porque si flota sobre el agua un solo cabello, ó no está bien cubierta la más pequeña parte del cuerpo, es señal segura de que el matrimonio será desgraciado.

Del baño, siempre con la misma solemnidad y con agudísimos y estridentes gritos que lanzan los acompañantes, se dirige la comitiva á casa del futuro esposo que á la puerta espera rodeado de sus amigos y parientes.

Uno de estos ofrece á la novia un vaso de agua, que debe arrojar con toda su fuerza después de haber bebido.

En el baño se puede saber á punto fijo el grado de felicidad de los que van á casarse, y por los pedazos en que se rompe el vaso se computan los hijos que ha de tener el matrimonio.

Una vez dentro de la casa, sientan á la novia en un trono que llaman *Tálamo*, como nosotros al lecho nupcial, y allí, cubierta de piés á cabeza con un tupido velo, permanece inmóvil mientras los convidados comen y beben en grandes mesas después-

tas al efecto y servidas por los padres y parientes de los novios.

Terminada la fiesta, que se prolonga hasta las altas horas de la noche, se retira la concurrencia, levantan á la novia del *Tálamo* y duermen con ella dos de sus más cercanas parientas, repitiéndose esto por espacio de siete días.

El octavo tiene lugar la bendición, á la cual asistió. Como los anteriores, se inauguró por una orgía presidida por la novia, cuya obligada inmovilidad me hacía sufrir considerando lo que ella habría padecido en aquellos ocho días.

Cuando ya el apetito de los convidados estuvo satisfecho, se levantó el *Sabio*, que á causa de las frecuentes libaciones no se podía mantener en perfecto equilibrio, cogió el libro de la Ley, y con torpe voz y en un español anterior al que en tiempos de D. Pelayo debía hablarse en nuestra patria, nos leyó el contrato matrimonial y los deberes que el nuevo estado imponía á los cónyuges.

Murmurando en hebreo varias oraciones puso en manos de los novios dos anillos consagrados, y haciéndose servir un vaso de vino aguado, en el cual bebieron primero él y despues los novios, terminó diciendo:

—Quedais legalmente unidos segun los ritos y ceremonias prescritas por nuestros santos sabios de Castilla.

Hecho esto, bajó la novia del *Tálamo* y empezó el baile, que es obligatorio para los convidados, echando el bailarín, en una bandeja que le presentó la novia, cinco monedas.

La ofrenda puede ser en oro, plata ó cobre, pero las monedas han de ser cinco, porque este número es cabalístico y libra del mal de ojo.

El producto de esta cüestacion pertenece al *Sabio*.

En todos los países, despues que el sacerdote ha echado la bendición á los esposos, todo el mundo se esquivo prudentemente, dejándolos entregados á su felicidad; pero los hebreos no lo hacen así.

Concluido el baile, recoge el *Sabio* sus honorarios, y las muchachas que acompañan á la novia la llevan en triunfo á la cámara nupcial, adonde la sigue el novio en hombros de los jóvenes de sus edad, quedándose todos á la puerta, á la cual no cesan de llamar diciendo chistes de todos colores.

Al cabo de un rato más ó ménos grande, la alcoba se abre, y la madre de la novia expone al público ciertas prendas interiores, por las cuales quedamos todos convencidos de que la virtud de la joven no había sufrido ningun tropiezo ántes del matrimonio.

¿No es verdad que todo esto es muy curioso? Lo cierto es que aquella escena me impresionó bastante; toda la noche estuve pensando en la novia, y

áun ahora me parece verla con su rica falda de brocado de oro, que tan bien dibujaba sus formas, aumentando su mérito con el encanto de lo misterioso, con su esbelto talle ceñido con una rica faja de seda listada de oro, asomando por bajo de una marlota de terciopelo bordado de oro y piedras preciosas, y su linda cabeza, con sus negos ojos y ondeado cabello, que resallaban con extraordinario vigor sobre un cutis blanco y trasparente.

J. ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

## LOS NUEVOS INVENTOS.

### Pluma eléctrica de Edison.

Esta invencion, presentada en la última reunion de la Sociedad de Artes de Inglaterra, consiste en una pequeña máquina eléctrica colocada en el extremo del portapluma con que se escribe. Esta máquina pone en movimiento una aguja que taladra el papel, haciendo de 5 á 6.000 agujeros por minuto. El papel así agujereado es una especie de patron; colócase en un marco y se pone encima de hojas de papel blanco; pasando por encima un rodillo con tinta, ésta se introduce en los agujeros del patron, dejando en el papel blanco un facsímil perfecto de la escritura. Estas copias pueden obtenerse en número de cinco ó seis por minuto, y una hoja de escritura ó patron basta para imprimir 1.000 ejemplares. (*Journal of the Society of arts.*)

\*\*\*

### Aplicacion de la luz eléctrica á la navegacion.

Una de las mayores curiosidades de Nueva-York en los momentos actuales es el faro eléctrico del vapor *América*, que funciona todas las noches de ocho á diez. Este aparato está destinado á prevenir los abordajes. El fanal de cristal prismático blanco que contiene la lámpara eléctrica de M. Serrin está colocado en la proa del buque en una torre de siete metros de altura sobre el puente. El foco de la luz se encuentra, pues, á 13 metros de altura sobre el nivel del mar. La posicion que ocupa la torre en la proa del buque es tal que no se interpone nada á los rayos luminosos, lo cual es de gran interes para la vista del oficial de cuarto. La electricidad se produce en una máquina Gramma, capaz de dar la luz de 150 mecheros Carcel y que hace 950 á 1.000 revoluciones por minuto. Por medio de un ingenioso sistema de comunicacion colocado al alcance del oficial de cuarto, la luz eléctrica puede hacerse á voluntad intermitente ó continua, ó interrumpirse instantáneamente sin que el mecánico que cuida de la máquina Gramma tenga que ocuparse de ella. Segun el capitán Ponzolz, la luz intermitente con diez segundos de brillo, seguidos de intervalos de oscuridad de dos minutos, es la más favorable que puede adoptarse; de esta manera el oficial de cuarto no se ve molestado en las maniobras como sucedería con una luz continua.

\*\*\*

### Imitaciones y falsificaciones.

En los Estados-Unidos se han inventado procedimientos para imitar y falsificar la espuma de mar, el

marfil, el cuerno y el coral, pero con tal perfección, que los nuevos productos pueden ser torneados, esculpidos y cincelados con la misma facilidad que los productos naturales.

Para falsificar la espuma de mar recomienda el *Scientific American* el siguiente procedimiento: Se pelan patatas y se maceran durante 36 horas en agua mezclada con un 8 por 100 de ácido sulfúrico; se sacan y se secan con papel secante, y se colocan rodeadas de arena fina y seca sobre placas de pasta caliza, en las cuales se somete todo á la presión durante varios días. Las placas y la arena se cambian todos los días. Las patatas, después de estas operaciones, quedan convertidas en magnífica espuma de mar.

Para obtener marfil se sustituye 3 por 100 de carbonato de sosa al ácido sulfúrico de la receta anterior, y el producto será más duro, más blanco, más resistente, más elástico. Hasta ahora sólo puede emplearse este marfil en ciertos usos, pero se espera poder hacer hasta bolas de billar.

Para fabricar cuerno no hay más que hacer hervir en agua que contenga 19 por 100 de carbonato de sosa el marfil obtenido por el sistema anterior, y el resultado son hermosos pedazos de sustancia córnea trasparente y de superior calidad.

El coral se fabrica de la misma manera que la espuma de mar, absolutamente lo mismo, pero poniendo zanahorias en vez de patata.

## CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

LA MÁQUINA CORLISS.—EL MOTOR-GIGANTE.—DOS MIL OCHOCIENTOS CABALLOS.—TODO AMERICANO.—LOS RECURSOS PECUNIARIOS DE LA EXPOSICION.—EXITO ASEGURADO.—LA VIDA EN FILADELFIA.

El gran motor Corliss, situado en la avenida central de la galería de las máquinas, es el alma de gran número de mecanismos de diferentes clases. Cuando está parado parece un coloso que duerme; diríase que sus voluminosas piezas de acero y de hierro, balancines, bielas, volantes, no pueden salir nunca de su majestuosa inmovilidad. Sin embargo, se animan y se mueven tantas moles por medio de una simple presión en un aparato especial compuesto de una pequeña rueda y una manibela que abre al vapor de las calderas el camino que le conduce á los cilindros motores. La marcha es lenta primero, indecisa en la apariencia, pero no tarda en afirmarse y mejorarse, tomando el paso uniforme que debe conservar. Asusta ver el número de mecanismos puestos en movimiento por este gran motor, por medio de grandes correas que en su mayor parte no se ven, pues van por debajo del piso. Hay máquinas de labrar y cepillar madera, agujerear hierro, pulir acero, tejer sedas, imprimir periódicos y mil usos más.

El motor Corliss se compone de dos máquinas de balancin, las más grandes que se han construido hasta el día, según los principios combinados de Watt y de Wolf. Tienen 13 metros de altura, pesan 900.000 kilogramos, y sus volantes de 10 metros de altura tienen un peso de 70.000 kilogramos; cada balancin pesa 22.000 kilogramos. Estas máquinas realizan una fuerza de 1.400 caballos de vapor, que puede elevarse á 2.800. El conjunto está montado sobre una plataforma de 18 metros de diámetro, gran macizo de ladrillos, enorme roca artificial que descansa sobre cimientos profundos y extensos; el

todo está cubierto por grandes placas de acero pulimentado.

En resumen: este soberbio aparato que es sin disputa la pieza capital de la Exposición de máquinas, debe dar al mundo industrial una alta idea de la potencia creadora de los americanos. Hace veinte años las máquinas motoras se pedían á Inglaterra, ó cuando más se fabricaban en América con hierro inglés y por obreros ingleses; pero hoy América presenta con orgullo este gran motor, cuyo constructor sólo se ha servido de elementos propios del país, y hoy declara con gran satisfacción que su obra es completa y exclusivamente americana. Las fundiciones y forjas se han hecho por obreros americanos con hierro y acero de los Estados-Unidos, y en una fábrica ya célebre titulada *La Providencia*, que viene á ser el Creusot de la Unión americana.

\*\*\*

Hemos dicho que el éxito material de la Exposición estaba ya asegurado á los pocos días de la apertura, y para probarlo nos ha bastado insertar un estado del número de concurrentes en los trece primeros días, comparado con el de asistencia á la Exposición de Viena.

Además de los recursos de las entradas generales, además de la gran subvención votada por el Congreso y las diversas contribuciones recibidas hasta hoy, la comisión de la Exposición se ha asegurado recursos enormes, concediendo privilegios de explotación. Veamos algunos:

	Reales.
Los empresarios del catálogo oficial pagan por el derecho exclusivo de publicación y venta.....	2.000.000
Hotel del Globo (concesión del terreno)	200.000
Ferrocarril de la Exposición.....	400.000
Restaurant Frances.....	120.000
— Americano.....	120.000
— de los Provenzales.....	120.000
— Alemán.....	120.000
— Israelita.....	120.000
— de Agricultural Hall.....	100.000
Café del edificio principal.....	100.000
Otros ocho cafés.....	700.000
Derechos de la cerveza.....	1.000.000
Lechería.....	60.000
Pan de Viena.....	60.000
Manufactura de tabaco Virginia.....	60.000
Tabacos y cigarros.....	300.000
Banco Nacional.....	100.000
Caja de Seguridad, guarda de valores.	100.000
Guía de la Exposición.....	100.000
Fotografías de la Exposición.....	100.000
Ascensor.....	200.000
Butacas de ruedas.....	360.000
Telégrafos, intérpretes, etc.....	700.000
Vestuario.....	320.000
<b>Total, reales.....</b>	<b>7.220.000</b>

Puede juzgarse por estos datos lo que debe costar, durante la Exposición, la vida en Filadelfia, que ya era uno de los puntos más exageradamente caros de los Estados-Unidos, sin necesidad del aliado del gran certámen del Centenario.

A. LEON.